



**CUENTOS PREMIADOS**  
**Concurso Surgente 2022 y 2023**



**CUENTOS PREMIADOS**  
**Concurso Surgente 2022 y 2023**  
1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> ediciones

Este libro es una publicación con fines exclusivos de difusión.  
El mismo puede compartirse por todos los medios lícitos.

**CUENTO PREMIADOS**  
**Concurso Surgente 2022 y 2023**  
1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> ediciones

© **de esta edición**  
Coopeduc Ltda.  
Editorial Y

© **de los cuentos**  
Los autores

**Coopeduc Ltda.**  
(0541) 42521 - 41729  
Humaitá y Mcal. Estigarribia N.º 702  
Villarrica, Guairá

**Editorial Y**  
+595 961 419246  
bene.edicion@gmail.com  
Asunción, Paraguay

**CUENTOS PREMIADOS**  
**Concurso Surgente 2022 y 2023**  
1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> ediciones

Villarrica, 2023



# Índice

- 9 **Presentación**
- 11 **¿Qué es Coopeduc Ltda.?**
- EDICIÓN DE 2022**
- 13 **Veredicto del jurado**
- 17 **Acta notarial**
- PRIMER PREMIO**
- 23 **Un buen vecino**  
Pedro Alfonso Caballero
- SEGUNDO PREMIO**
- 31 **El jardín de santarritas**  
Ricardo Daniel Doldán Pintos
- TERCER PREMIO**
- 39 **La despedida**  
Lilian Viviana Portillo López
- MENCIÓN DE HONOR**
- 45 **Acrux G-1201**  
Juan Marcos Antonio Bordón Tanis
- MENCIÓN DE HONOR**
- 55 **Átropos**  
Liliana García Wenninger

- 57 **MENCIÓN DE HONOR**  
**El barranco**  
Mario Sebastián Zárate
- 63 **MENCIÓN DE HONOR**  
**El depósito**  
Aaron Daniel Benítez Galeano
- 65 **MENCIÓN DE HONOR**  
**El santo remedio**  
Miguel Arturo Vacchetta Boggino
- 73 **MENCIÓN DE HONOR**  
**Entre clases**  
Diana Castellano
- 81 **MENCIÓN DE HONOR**  
**Ojos de universo**  
Eligio Daniel Sena Gayoso
- 89 **MENCIÓN DE HONOR**  
**Paseo**  
Ricardo Nicolás Portillo Urunaga
- 93 **MENCIÓN DE HONOR**  
**Sargento**  
Alicia Raquel Sosa Garay

**MENCIÓN DE HONOR**

97

**Una llave adentro**

Alicia María Eva Riquelme Crosa

**EDICIÓN DE 2023**

105

**Veredicto del jurado**

109

**Acta de Coopeduc**

**PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES**

111

**Juguete**

Ricardo Nicolás Portillo Urunaga

**SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MAYORES**

117

**Una noche por los pasillos del IPS**

Diana Guadalupe Castellano Duarte

**TERCER PREMIO · CATEGORÍA MAYORES**

125

**¿Un cuento?**

Pura Limpia Cuyer Gómez

**PRIMER PREMIO · CATEGORÍA MENORES**

129

**Mamá pohéi**

Fabiola Luján Vergara

**SEGUNDO PREMIO · CATEGORÍA MENORES**

133

**Solo un viejo**

Carlos Miguel Maidana Bruno



**TERCER PREMIO · CATEGORÍA MENORES**

- 139 **El gato de la luna**  
Camila María Villalba León

**MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MENORES**

- 143 **Un recuerdo inolvidable**  
Lía Aracelli Acosta Barrios

**MENCIÓN DE HONOR · CATEGORÍA MENORES**

- 147 **El tesoro de Yvoty**  
José Ariel Gamarra Figueredo

- 149 **JURADOS**

## Presentación

**EN TIEMPOS DE CRISIS**, las cooperativas han sabido responder con la aplicación de los centenarios principios del movimiento internacional en beneficio de sus socios y la sociedad en general.

Villarrica es una cuna del arte, la cultura y las tradiciones. Es la ciudad de poetas, cuentistas, novelistas, historiadores, pedagogos y otras personalidades y acontecimientos que marcaron hitos en la historia del Paraguay, como el nacimiento de la guaranía.

La ciudad mantiene su estirpe señorial, culta, hospitalaria, generosa y amable. También es orgullosa de su historia. Las más valoradas expresiones guaireñas son el arte y la cultura.

Interpretando y acompañando el sentimiento de la ciudadanía y los socios, Coopeduc ha sido una institución pionera en la promoción, la conservación y la difusión de las expresiones artísticas. En alianza con el Ministerio de Educación y Ciencias ha asumido el compromiso de apoyar a las academias de danza, guitarra, lenguaje musical y canto.

A partir de 2022, Coopeduc también se propone fomentar la escritura y la lectura literarias de manera sostenida en el país, para animar y reconocer a los compatriotas que escriben, y para promover la literatura en particular y la cultura en general, indispen-

sable para la formación de una ciudadanía consciente, crítica y participativa.

Con estos objetivos, desde Villarrica para el Paraguay, Coopeduc publica el libro con los cuentos premiados de la primera y la segunda ediciones del Concurso Surgente de Cuentos, un nombre representativo de nuestra cultura y de la literatura del Paraguay, en memoria de una de las obras entrañables del guaireño Manuel Ortiz Guerrero.

## ¿Qué es Coopeduc Ltda.?

**HACE UN POCO MÁS** de cinco décadas, un grupo de docentes visionarios y altruistas, impulsados por la filosofía de la solidaridad y la ayuda mutua, empezaron a echar las bases de una vida más digna para los educadores, entonces atrapados por la usura. Entre 1967 y 1972 se reunieron con personas experimentadas en el cooperativismo y formaron una asociación para buscar estrategias de salvamento con recursos propios.

Los aportes se materializaron a partir de abril de 1972. Se convocó a la primera asamblea el 4 de noviembre de 1972, con 136 docentes, constituyéndose de esa manera la Cooperativa de Ahorro y Crédito de Educadores del Guairá Ltda., convertida luego en Cooperativa Multiactiva de Ahorro y Créditos, Consumo, Producción y Servicios Coopeduc Ltda.

Hoy es una poderosa empresa, sólida, dinámica y confiable, con afán de mejorar continuamente para satisfacer las necesidades de sus socios. Se destaca por la solidaridad, el desarrollo de los recursos humanos y el compromiso para la sostenibilidad de los proyectos sociales, ambientales y culturales. Es líder del cooperativismo nacional.

Desde el inicio, Coopeduc ha hecho posible el desarrollo y el bienestar de sus socios con resultados altamente positivos. Mantiene una trayectoria límpida

que ha conquistado la confianza de su membresía. Se ha vuelto una organización modelo de resiliencia, capaz de sobresalir de las circunstancias adversas.

El Consejo de Administración está integrado por:

Presidenta: Lic. Mirna Lovatti de Aquino.

Vicepresidente: Prof. Abrahán Vázquez.

Secretaria: Prof. Asención Toledo de López.

Tesorera: Abog. Liliana Melgarejo de Betancourt.

Pro Tesorera: Lic. Graciela Escobar de Cabrera.

Vocal: Lic. Felipa Paniagua de Jorgge.

Vocal: Prof. Basilio Antonio Fleitas.

Gerente General: Lic. Teodoro González López.

Gerente de Servicios: Lic. Alba Corvalán.

La coordinación del Concurso ha estado a cargo de la Mgtr. Hilda Cena de Silguero, Jefa del Departamento de Servicios No Financieros.

Los miembros del jurado han sido: Sebastian Ocampos (escritor y editor), Soraya Cristaldo de Rojas (escritora y gestora cultural) y José Bueno Villafañe (narrador y crítico).

## Veredicto del jurado

A los 26 días del mes de noviembre de 2022, siendo las 18 horas, se reúnen virtualmente los miembros del jurado Sebastian Ocampos (escritor y editor, desde Asunción), Soraya Cristaldo de Rojas (escritora y gestora cultural, desde Villarrica) y José Bueno Villafañe (narrador y crítico, desde Asunción) para deliberar sobre los cuentos finalistas de los cuarenta y nueve cuentos concursantes, conforme a las bases y condiciones del Concurso Surgente de Cuentos, edición del año 2022, organizado por Coopeduc Ltda.

Acabadas las deliberaciones, el jurado resuelve otorgar por decisión consensuada:

1. El primer premio al cuento «Un buen vecino», firmado con el seudónimo de Lechuza, por narrar de forma precisa, delicada y sugerente la historia de dos parejas de vecinos implicadas en un dilema moral que revela un rasgo fundamental del individualismo contemporáneo, cuando la afirmación del buen vecino es dicha y repetida pero ya no cuenta con el cuidado genuino que lo caracterizaba hasta el siglo pasado.
2. El segundo premio al cuento «El jardín de santarritas», firmado con el seudónimo de Santiago Adler,

por abordar el feminicidio con meridiana claridad, acertada estructura y final abierto, con dos detalles a la vez destacables: la presencia de una terapeuta (dando visibilidad y valor a la salud mental en el país) y el uso de la hipnosis en la revelación de una historia reprimida.

3. El tercer premio al cuento «La despedida», firmado con el seudónimo de Artemia Salina, por relatar como una crónica verosímil el desarraigo con tufo a trata, una realidad atravesada en la garganta de los paraguayos y de muchos latinoamericanos, con terribles consecuencias para las familias de trabajadores, sobre todo en extrema pobreza, ante la indiferencia del resto de la sociedad.

El jurado también resuelve reconocer de forma consensuada los siguientes cuentos para publicarlos en el libro digital del Concurso, sin orden de prelación:

«Acrux-g 201», firmado con el seudónimo de Chigaru.  
«Átropos», firmado con el seudónimo de Caminante.  
«El barranco», firmado con el seudónimo de Suspirium.  
«El depósito», firmado con el seudónimo de Nuanbulfo.  
«El santo remedio», firmado con el seudónimo de Taita Soberano.  
«Entre clases», firmado con el seudónimo de Galadriel.  
«Ojos de universo», firmado con el seudónimo de El Versero.

«Paseo», firmado con el seudónimo de Cidehamete Benengeli.

«Sargento», firmado con el seudónimo de Pykasu Saité.

«Una llave adentro», firmado con el seudónimo de Atreyu Torre.

El jurado felicita a Coopeduc Ltda. por organizar la primera edición de este Concurso de Cuentos en el aniversario de sus cincuenta años, una necesaria inversión cultural para fomentar la lectura y la escritura tanto en el departamento del Guairá como en el resto del país, y agradece que haya confiado en su labor intelectual.

**Sebastian Ocampos**  
**Soraya Cristaldo de Rojas**  
**José Bueno Villafañe**





## Acta notarial

Solicitada por la Cooperativa de Ahorro y Crédito, Consumo, Producción y Servicios Coopeduc Limitada.

ESCRITURA NÚMERO DOSCIENTOS SESENTA Y CINCO (265): En la ciudad de Villarrica del Espíritu Santo, República del Paraguay, a los TREINTA días del mes de NOVIEMBRE del año DOS MIL VEINTIDÓS. Ante mí: GRACIELA LÓPEZ DE FERNÁNDEZ. Notaria Pública. Titular del Registro Público Número UN MIL CIENTO CUATRO, con Cédula Tributaria Número 1.062.744-8.

\*\*\* COMPARECEN: las señoras MIRNA RAQUEL LOVATTI DE AQUINO, con Cédula de Identidad Civil Número 1.073.302, viuda; y ASENCIÓN TOLEDO DE LÓPEZ, con Cédula de Identidad Civil Número 380.753, casada, domiciliadas a los efectos de este acto en la casa ubicada sobre las calles Mariscal Estigarribia y Humaitá de esta ciudad. Ambas paraguayas, mayores de edad, manifiestan que cumplieron con las leyes de carácter personal, hábiles, de que doy fe. \*\*\* Las señoras MIRNA RAQUEL LOVATTI DE AQUINO Y ASENCIÓN TOLEDO DE LÓPEZ concurren al acto en nombre y representación de la COOPERATIVA MULTIACTIVA DE AHORRO Y CRÉDITO, CONSUMO, PRODUCCIÓN Y SERVICIOS «COOPEDUC» LIMITADA, COMO PRESIDENTA Y SECRETARIA respectivamente del CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN,

electas conforme Acta Número 47/19 de la Asamblea General Ordinaria deliberativa y electiva y luego en el Consejo Directivo, distribución de cargo, conforme Acta Número 2436/2022 de fecha 04 de abril de 2022. \*\*\* LA COOPERATIVA MULTIACTIVA DE AHORRO Y CRÉDITO, CONSUMO, PRODUCCIÓN Y SERVICIOS «COOPEDUC» LIMITADA, con RUC número 80020710-6, fue constituida en fecha 4 de noviembre de 1972 y reconocida su Personería Jurídica por Decreto Número 1591 del 31 de octubre de 1973 y adecuada a la Ley N.º 438/94 mediante Resolución Número 302 del Instituto Nacional de Cooperativismo en fecha 10 de junio de 1996, adecuado al marco de la Constitución Nacional, la Ley Número 438/94 y sus modificatorias, el Decreto Reglamentario N.º 14.052/96 y las reglamentaciones dictadas en consecuencia por el Instituto Nacional de Cooperativismo. Los Estatutos Sociales fueron modificados y el Cambio de la Denominación Social de la Cooperativa fue aprobado por Resolución Número 119, del Instituto Nacional de Cooperativismo de fecha 3 de noviembre de 1997. La que fuera nuevamente modificada y aprobada por Resolución Número 9824/13 del Instituto Nacional de Cooperativismo. Siendo la última adecuación y por ende modificada y aprobada por Resolución de la Asamblea Extraordinaria de fecha 12 de enero de 2019 y homologado por el INCOOP según Resolución Número 19.325/19. Las fotocopias de los documentos mencionados ya los tengo agregados en el protocolo a mi cargo, a los que

me remitiré en caso necesario. Tanto la Presidenta y la Secretaria se hallan facultadas por los Estatutos de la Cooperativa para realizar actos de esta naturaleza conforme a los arts. 69 inc. «n», 70 inc. «d» y 73 inc. «c». \*\*\* Las señoras MIRNA RAQUEL LOVATTI DE AQUINO y ASENCIÓN TOLEDO DE LÓPEZ, en representación de COOPERATIVA MULTIACTIVA DE AHORRO Y CRÉDITO, CONSUMO, PRODUCCIÓN Y SERVICIOS «COOPEDUC» LIMITADA —en adelante denominada indistintamente La COOPEDUC— DICEN: Que en el marco del aniversario de los cincuenta (50) años de dicha Cooperativa, se ha organizado el CONCURSO DE CUENTOS SURGENTE, primera edición, año 2022, que fuera autorizada suficientemente conforme Acta Número 1030 /2022 y aprobada las bases y condiciones del Concurso, y teniendo facultades suficientes y llevando a efecto lo estipulado en el Punto 8, vienen a solicitar de mí, la Notaria Pública autorizante, a fin de dejar asentada en Acta, para lo que hubiere lugar en derecho y para los efectos legales pertinentes: «La apertura de los archivos que contengan los datos personales de los concursantes ganadores, después de que el jurado haya calificado y adjudicado los premios y las menciones de honor». CONFORME AL VEREDICTO DEL JURADO DEL PRIMER CONCURSO DE CUENTOS SURGENTE, LOS TÍTULOS PREMIADOS SON LOS SIGUIENTES: \*\*\* 1.- «UN BUEN VECINO»; seudónimo: «Lechuza»; nombre y apellidos: Pedro Alfonso Caballero. \*\*\* 2.- «EL JARDÍN DE SANTARRITAS»; seudónimo: «Santiago Adler»; nombres y

apellidos: Ricardo Daniel Doldán Pintos.- \*\*\* 3.- «LA DESPEDIDA»; seudónimo: «Artemia Salina»; nombre y apellido: Lilian Viviana Portillo López.- \*\*\* El jurado también resuelve reconocer de forma consensuada los siguientes cuentos para publicarlos en el libro digital del Concurso, sin orden de prelación.- \*\*\* «ACRUX-G 201», firmado con el seudónimo de Chigaru; nombres y apellidos: Juan Marcos Antonio Bordón Tanis.- \*\*\* «ÁTROPOS», firmado con el seudónimo de Caminante; nombre y apellidos: Liliana García Wenninger.- \*\*\* «EL BARRANCO», firmado con el seudónimo de Susprium; nombres y apellido: Mario Sebastián Zárate.- \*\*\* «EL SANTO REMEDIO», firmado con el seudónimo de Taita Soberano; nombres y apellidos: Miguel Arturo Vacchetta Boggino.- \*\*\* «ENTRE CLASES», firmado con el seudónimo de Galadriel; nombre y apellido: Diana Castellano.- \*\*\* «OJOS DE UNIVERSO», firmado con el seudónimo de El Versero; nombres y apellidos: Eli-gio Daniel Sena Gayoso.- \*\*\* «PASEO», firmado con el seudónimo de Cidehamete Benengeli; nombres y apellidos: Ricardo Nicolás Portillo Urunaga.- \*\*\* «EL DEPÓSITO», firmado con el seudónimo de Nuanbulfo; nombres y apellidos: Aaron Daniel Benítez Galeano.- \*\*\* «SARGENTO», firmado con el seudónimo de Pykasu Saité; nombres y apellidos: Alicia Raquel Sosa Garay.- \*\*\* «UNA LLAVE ADENTRO», firmado con el seudónimo de Atreyu Torre; nombres y apellidos: Alicia María Eva Riquelme Crosa.- Con lo que se da por terminado con lo solicitado, no obstante, se remiten in extenso

a las bases y condiciones del referido concurso, expidiéndose copia a la parte interesada. \*\*\* LEÍDA por mí esta escritura a las comparecientes se ratifican en su contenido manifestando su entera conformidad y aceptación, así lo otorgan y firman en mi presencia como acostumbran hacerlo, de todo lo cual de haber recibido personalmente la declaración de voluntad de las otorgantes y del contenido de la presente escritura, doy fe.- FIRMADOS: MIRNA RAQUEL LOVATTI DE AQUINO. ASENCIÓN TOLEDO DE LÓPEZ. ANTE MÍ: GRACIELA LÓPEZ DE FERNÁNDEZ. NOTARIA PÚBLICA. ESTÁ MI SELLO.



## PRIMER PREMIO

# Un buen vecino

Pedro Alfonso Caballero

—**LEVANTATE, MARCELO** —dice Silvia, desde su lugar en la cama convertido en un reducto infranqueable.

Sé lo que quiere. Pero me quedo mirando el techo, pensando, que hubiera sido sensato haberle hecho caso hace unos años y levantar un poco más ese muro. El reloj marca las veintitrés. Salgo de la cama como de un nido cálido al que quiero volver lo más pronto posible. Silvia se acurruca dándome la espalda, se hace la dormida para no levantarse, lo sé, la escucho estrujando la sábana y preguntándose *hasta cuándo*. Veo por la ventana que Luis está sentado sobre la muralla, sollozando, con la mirada puesta en su casa. Nos volvió a fastidiar esta noche, como lo hizo ayer, y como lo viene haciendo desde que enviudó, hace un mes.

Tomo la linterna para no encender las luces de afuera e importunar a los demás vecinos. Mientras ajusto los botones del abrigo me pregunto cuándo fue el momento exacto en que comenzamos con este viacrucis. «Regreso enseguida», le digo a Silvia, aunque resulte ser más un deseo que otra cosa. No me con-



testa. Voy por la parte de atrás, hacia la puerta que da al garaje. En mi camino tropiezo con el desorden del pasillo, de las cosas mal ubicadas y sin limpiar, amontonadas, polvorientas. Me doy cuenta de que esto me está cansando. Quizá si hubiésemos adoptado ese perro la semana pasada, no sé, el rottweiler, hoy estaríamos despertando de manera intermitente por sus ladridos y nada más. Seguro no le hubiese permitido a Luis sentarse sobre la muralla; lo habría espantado, obligándolo a regresar a su casa. Pero no, el rottweiler no; se sentía como un agravio imperdonable.

Con Luis nos llevamos la misma edad, aunque él tenga más canas y arrugas. Es un buen vecino, un amigo de la infancia, ayudador, generoso. Tanto, que nos consiguió esta vivienda, la que fue de los padres de su esposa, «para estar más cerca, por si nos necesitamos», dijo. Carla me rogó que no la compráramos, pero al final aceptó a regañadientes. Los primeros tiempos fueron buenos: disfrutamos de cenas, encuentros y salidas. Proyectamos piscinas, quinchos, jardines. Remodelamos la casa, aunque lo único que no tocamos fue la muralla; creía que al levantar ese muro ofenderíamos a nuestros amigos.

Doy la vuelta por el fondo. Camino hacia Luis que ya se percató de mi presencia gracias a la luz de la linterna. Su casa está oscura, tétrica, con la terraza grosera que sobresale del segundo piso y desde donde se lanzó su esposa. En realidad, tengo algo de culpa, porque fui yo quien le aconsejó añadir esa cosa que

parece pegada a la fachada. «Quedó linda», había dicho. Es horrible por donde se la mire.

—¿Qué hacés acá sentado, Luis?

—Nada, Marcelo —dice acongojado.

*No parece que hagas nada*, pienso, intentando ocultar lo bien sabido que tengo su rutina lastimera, y me siento junto a él. Le doy unas palmadas en la espalda mientras apago la luz de la linterna. Nos quedamos un rato en silencio. Él disimula toser, se seca las lágrimas y me mira. Yo espero el zarpazo de siempre, me preparo, lo veo venir, como cada noche, desde que se le ocurrió a su esposa librarse de todo y sacarse la vida.

—Mudaron el espejo de la sala.

—Sí. Silvia pensó que estaría mejor junto a los ventanales del despacho —digo.

—Y el regalo de mis suegros, las cortinas azules con estampados de girasoles.

Intenté recabar en mi mente los adjetivos con los que habíamos definido esas cortinas: feo, de mal gusto, naif, pesado, pueblerino, vulgar...

—Así es.

Vuelve a mirar hacia su casa y ya no sabe si es la misma. Que le parece extraña, distinta; que el espejo y las cortinas de girasoles, que su cama vacía y el frío de la noche. Se pone nervioso y busco calmarlo. Tose de nuevo. Parece ahogarse en una improvisada tosferina. Hace que se alivia. Mueve la cabeza de un lado a otro, de forma lenta e irritante.

—¿A vos te parece que sigue siendo mi casa? —pregunta, clavándome sus ojos saltones y azules, como las cortinas.

Aún no comprende que el mundo no se acaba con la partida de su esposa, que es importante dar tiempo a la herida para que sane. No encuentra su lugar y se empecina en oscurecer más su mundo y el de los demás. Sé que es el momento de hacerlo entrar en razón, de insistirle en terminar la charla, frenar la cantaleta de siempre, ahorrarle más humillación innecesaria... pero dejo que termine de desahogarse, asumiendo el suplicio de la escucha. Es en estos instantes cuando imagino al enorme rottweiler persiguiendo a Luis por todo el patio, hasta la puerta de su casa, encerrándolo sin posibilidad de lástima, absolviéndome de toda culpa. Ahí no hubiera importado la muralla.

Aprieto suavemente su hombro, le indico que entremos, porque es muy de noche y hace frío. Asiente.

«Son los únicos que podrán ayudarlo», había dicho el psiquiatra. Serían momentos de contención afectiva, una vigilancia prudente sobre su duelo: mudar algunos muebles, acomodar, reubicar... no más de una semana, lo más probable, dijo. Mudamos todo. Los primeros días fueron la sala y el comedor; a la semana, Silvia comenzó con el altillo y yo con el jardín. Al principio sentíamos una satisfacción ordenando cosas, sacando algunas, reemplazando otras. Cocinamos, limpiamos, le hicimos compañía. Las trasnocha-

das no parecían tan insoportables, como ahora, con un mes de trajines y desvelos.

La situación fue complicándose. Al tiempo, Luis empezó con sus lamentaciones de «estoy terriblemente solo», de «qué haría si no estuvieran ustedes», los falsos «mejor me pego un tiro» y los innumerables «me quiero morir». Ocultamos medicamentos, cuchillos, cuerdas, la escopeta y el veneno para ratas en el sótano y bajo llave, por si acaso. El compromiso comenzó a alargarse más de lo previsto. Pensamos varias soluciones, pero ninguna era tan sutil como para frenar esto; a fin de cuentas, es nuestro mejor vecino.

Entramos por la puerta de la cocina. Preparo el vaso con agua para dejárselo sobre la mesita de luz. Luis comienza a lloriquear a mis espaldas y yo suspiro profundo. Sé que sufre. Cada día lo veo caer más profundo en un hoyo oscuro, sin sentido, arrastrándonos con él. Quiero decirle que pare, que se deje de joder, que punto final a esto... pero siempre termino levantándome en plena noche para este trajín. Miro por la ventana mientras cargo el agua del grifo y observo la muralla de mi casa, la que debí levantar hasta el infinito, ladrillo por ladrillo. El agua se precipita sobre el vaso lleno y dejo que siga cayendo, porque su sonido acalla los lamentos, me tranquiliza, serena la mente, amortigua el peso. Mi pelotudez asume la forma de un cilindro cristalino rebalsado.

«No sé si dejar estas acá», había dicho Silvia, mostrándome un grupo de llaves que abrían las puertas

*prohibidas* de la casa de Luis: el taller de su esposa, donde pusimos todas sus fotografías; la del altillo, con ese piso de madera sin reparar; la del galpón del fondo, donde se encuentra el pozo de agua, y la del sótano. Guardarlas en nuestra casa no era algo práctico y al final decidimos dejarlas en un punto estratégico. Recuerdo que nos pasamos un día entero intentando acertar con el lugar preciso para ocultar las llaves, además de asegurar desde afuera cada ventana del piso de arriba. Lo que menos queríamos era encontrarnos por la mañana con el cuerpo defenestrado de nuestro vecino.

Le indico las escaleras para que vayamos a su habitación. En este punto se vuelve un niño obediente, solícito, aunque suba los escalones con lentitud, arrastrando su humanidad avejentada. Por el camino pregunta si ya nos cansamos de él. Miento. Abro la puerta y dejo que entre primero. Pregunta si Silvia ya está dormida. Le digo que sí. Se acuesta y toma la pastilla para dormir; lo cubro con la frazada. Dice que tiene miedo y pregunta si sigue llaveado el sótano. Respondo que sí. Toco su frente y observo su rostro humedecido por las lágrimas. Le doy las buenas noches, dejando sobre la mesita lo que queda del vaso con agua, antes de salir.

—Marcelo...

—¿Sí?

—Sos un buen vecino —dice, con su cara pegada a la pared.

Me detengo. Un montón de ideas pasan por mi mente, pero ninguna es acertada para este momento. Lo veo ahí, sufriendo en su cama, intentando contener las sacudidas que le provocan las lágrimas, buscando un punto de apoyo en su caída cuesta abajo. Por primera vez me animo a estar en su lugar, a no temer al pensamiento de perder a mi compañera, la posibilidad de también vivir este suplicio.

Salgo de la habitación, bajo por las escaleras hasta la sala, paso por el pasillo que conduce a la biblioteca, giro hasta el despacho donde me encuentro de frente con el espejo que mudamos hace unas semanas. Levanto el marco grueso de roble y sustraigo las llaves resguardadas. Se me revuelve el estómago, siento bullir la sangre en la cabeza. Miro el manajo, diminuto e insignificante, y por un momento se me cruza la imagen de Silvia acurrucada en nuestra cama, incapaz de soslayar ese reducto incomprensible. Vuelvo a la habitación. Le toco el brazo a Luis, aprieto con fuerza, lo sacudo un poco. En un impulso de compasión, dejo el manajo de llaves junto al vaso, antes de retirarme:

—Vos también sos un buen vecino, Luis.



## SEGUNDO PREMIO

# El jardín de santarritas

Ricardo Daniel Doldán Pintos

**LOS BOCINAZOS DE IMPACIENCIA** no se hicieron esperar. Don Federico, el padre, estuvo listo media hora antes que María Isabel, la hija. Ya se les estaba haciendo tarde para la cita en la clínica. Él se secaba la frente con un pañuelo blanco de algodón y zapa-teaba el pie izquierdo mientras perdía cada vez más la paciencia. El pronóstico del noticiero de la siesta marcaba treinta y dos grados y la calle estaba despo-blada; solo el viento norte, árido, andaba a gusto por el empedrado. El ruido del motor de la camioneta de los Arias era ronco.

Maribel, como la llamaban de cariño, salió apresurada por la puerta frontal de la casa, con la cartera colgando del hombro, buscando la llave correcta de la cerradura. Pasó a toda prisa por el jardín de santarritas descuidadas, cerró el portón con el candado y caminó hasta la camioneta, lanzó la cartera en el asiento y a sí misma también.

Don Federico no titubeó, maniobró a toda la velocidad y aceleró para dirigirse hacia el asfalto. Pronto estuvieron camino a la clínica. Encendió la radio



del vehículo, pasó de estación a estación, propaganda, propaganda... más propaganda, decidió insertar un *pendrive* en el puerto USB y enseguida comenzó a sonar una selección de polcas. Maribel lo miró con desaprobación y se recordó mecánicamente, unas tras otras, de las mismas canciones de siempre. El padre subió el volumen, mientras tamborileaba con los dedos de una mano en el volante. La hija bajó el volumen, el padre le dio un golpecito en la mano y lo volvió a subir. Ella apagó la radio y le lanzó una mirada furiosa. Llegaron a la clínica en silencio y estacionaron a la sombra de un lapacho amarillo.

—¿Vas a tardar, mi hija? —preguntó don Federico, anunciando la impaciencia de costumbre.

—Voy a tardar lo que tenga que tardar, papá.

—No te olvides que hoy viene Josema —dijo para disimular su apuro.

—De noche recién va a venir él, no te preocupes —dijo y bajó del vehículo, cerró de un portazo y se dirigió al acceso de la clínica.

Llevaba puesto un vestido floreado de colores pasteles, aros de argolla y el cabello suelto pese al calor. Al acercarse a la entrada las puertas se abrieron automáticamente y se cerraron tras ella.

El aire frío de la clínica le devolvió la frescura y la paz. El olor a hospital le resultaba extrañamente agradable. Se acercó al recepcionista, quien le preguntó si tenía cita.

—Sí, con Susana, la terapeuta, por favor.

—Su nombre, apellido y cédula de identidad, por favor.

—María Isabel Arias Guerrero, mi cédula cuatro millones...

—Correcto, señorita, su cita es a las dos y media. Puede tomar asiento. Enseguida le van a llamar.

Maribel caminó hasta la sala de espera, tomó una revista de moda de hace tres años y la hojeó sin ver nada en específico.

«Señorita Arias Guerrero», dijo una secretaria, «Señorita Arias Guerrero, puede pasar», repitió. Enseguida se levantó y se dirigió al consultorio. Entró, cerró la puerta y se saludaron con la terapeuta.

—Podés ponerte cómoda, Maribel.

Enseguida ocupó el lugar de costumbre en un sofá naranja de tela muy suave.

—¿Qué tal estamos desde la semana pasada? —consultó la terapeuta, empezando a escribir en una libreta.

—Sin cambios —respondió, angustiada.

—¿Y qué cambios esperabas tener?

—Esperaba acordarme de algo. Todavía tengo esa sensación de haber perdido algo.

—Sabemos que perdiste a tu mamá hace mucho tiempo. ¿Qué más perdiste?

—Lo de mi madre es irremediable, pero tendría que poder acordarme algo de ella. En cambio, cuando consulto con mis recuerdos no logro traer nada, solo me quedo en blanco, pero con una sensación rara, de

haber perdido más que solamente el recuerdo. Siento una necesidad.

—¿Esa necesidad interfiere con tu vida diaria?

—Interfiere. No puedo soltar lo que pasó y no puedo dar un paso importante con Josema. Él ya me pidió matrimonio, quiere formar una familia conmigo y que seamos felices. No me malentiendas, yo le quiero y estoy loca por él, pero quiero escapar, creo que no estoy lista, que hay algo que tengo que resolver antes.

—Y encontrando la respuesta, ¿vas a poder dar ese paso?

—Sí, estoy segura. No hay nada que nos detenga y yo quiero con todas mis fuerzas estar con él. Pero hay algo que me ataja.

—Entonces, lo que tenemos que buscar es ese algo, si es que está ahí. Hoy vamos a profundizar juntas, Maribel. Tenemos que retroceder a ese punto donde estás atascada y encontrar la causa, para que lo puedas acomodar y logres encaminar de nuevo tu vida, sabiendo qué es lo que querés. ¿Escuchaste alguna vez sobre la hipnoterapia?

—Algo, en las películas. No creí que fuera real.

—Es justamente eso lo que vamos a hacer hoy, pero no tanto como aparentan en las películas. Para eso necesito que relajés completamente tu cuerpo. Yo te voy a guiar y vos tenés que seguir mis instrucciones, ¿de acuerdo?

Maribel obedeció las indicaciones y se acomodó en el sofá.

—Bien, ahora quiero que controles lentamente tu respiración y te despejes. Quiero que cierres los ojos y te imagines el color blanco, que te concentres solo en mi voz, en el silencio que nos rodea y la paz interior que te genera sentarte en ese sofá. Quiero que te vacíes lentamente de las preocupaciones, del trabajo, de los problemas, solo imaginando el color blanco, nada más. Tu respiración debe mantener un ritmo suave, podrás percibir los aromas de esta sala, la temperatura fresca del ambiente, los coches que pasan por la avenida. Pero solo importa tu tranquilidad. Esto te hace sentir bien.

Maribel se iba relajando lenta y progresivamente, caminando hacia el trance.

—Ahora voy a contar. Cada vez que llego a tres, voy a pasar mi mano a centímetros de tu cara y vas a abrir los ojos despacio. Cuando baja mi mano tus ojos se volverán a cerrar. Ahora probemos. Uno, dos, tres —pasó la mano delante de la cara de Maribel y ella abrió los ojos, volviéndolos a cerrar acompañando el movimiento descendiente de la mano—. Otra vez, uno, dos, tres... Ahora vas a sentirte doblemente relajada y cuando pase mi mano tus ojos se van a abrir con dificultad. Una vez más... uno, dos, tres —volvió a pasar la mano, los ojos de Maribel se abrieron adormilados—. Bien, ahora tu cuerpo se va a relajar el triple que antes, cuando tome tu dedo pulgar y lo levante, tus brazos estarán sumamente lánguidos.

Maribel se iba encorvando, relajando profundamente el cuerpo.

—Te vas a imaginar a tu mamá, tal y como puedes acordarte. Ella está en un lugar vacío, blanco. Solo están ustedes dos. A partir de ahora, vas a caminar hacia ella, buscando su mano, su mano es el recuerdo que te falta, que perdiste y cuando la tomes habrás de recordarlo. Vas a permanecer relajada, no hay nada que te pueda hacer daño, y me vas a contar paso a paso todo lo que ocurre en ese espacio blanco.

Maribel vio a su madre, como en las fotos, pero con un rostro triste. En el espacio blanco surgió su casa, la fachada amarilla y las tejas naranjas del techo. El portón se abrió y su mamá la estaba invitando a entrar. Aceptó la invitación y fue con ella caminando desde la vereda, tratando de tomar su mano, pero sin lograrlo. Recorrieron las habitaciones una por una, la sala, su pieza, la de sus padres, la de la hermana o el hermano que nunca tuvo y permaneció vacía. Salieron al jardín, pero en él no estaban los árboles de mango y pomelo. Estaba vacío, desierto. Vio a su madre trabajar con unas ramitas que plantaba en el suelo, casi seco y pobre. El tiempo se aceleró de golpe y pudo contemplar el desarrollo de la ramita. Poco a poco parecía tomar forma y la mujer no dejaba de cuidarla. No perdía las esperanzas incluso cuando parecía que se iba a secar, y así volvía a resurgir. Pronto, las ramitas se transformaron en arbustos de santarrita, fucsia, vital, poderosa contra todo pronóstico. La madre lucía feliz, orgullosa de la hazaña. Ahí estaba ella, pequeña, la Maribel de su infancia. Su madre le extendía las

manos para que la tocase, pero no la alcanzaba, con sus brazos todavía muy cortos. Sus dedos la rozaron y se produjo una breve chispa, breve pero eléctrica. Apareció el pozo de agua en el fondo de la casa, volteó y su madre ya no estaba a su lado. La mujer ahora miraba el fondo del pozo donde se había suicidado. Se oía el llanto lastimero de un bebé recién nacido, pero no había ninguno. Su voz se fue apagando y su madre se oscureció. Sintió pena por ella y se acercó despacio, tomó su dedo índice y se trasportó a la sala de la casa.

Su padre, Federico, está ahí, sentado, con la cara larga, enfadado. Su madre se acerca con una bandeja. Una taza y algunos coquitos. La merienda de su marido. Él se pone colérico y da un manotazo a la bandeja, lanzándola al suelo y las paredes, manchándolo todo. Maribel corre junto a su madre y le toma de las manos. Están ahora en el dormitorio. Sus padres parecen discutir. Su madre llora y su padre vocifera groserías y le da una bofetada a la mujer. Ella se desploma entre asustada y confundida. Quedan paralizados un instante. Después siguen las patadas. El hombre estira el cabello negro de la mujer y la arrastra hasta el jardín, donde intenta ahorcarla, sin éxito, porque se acobarda. Su madre yace en el suelo y pronto el escenario vuelve a cambiar. Su madre oculta las marcas y los moretones con maquillaje. Ante las amigas afirma haberse caído y a la abuela le jura que no miente, pero vuelve a pasar. Ahora quiere hablar por teléfono. Los pasos están claramente definidos, compartir el

plan con la abuela, denunciar ante los tribunales los maltratos, iniciar los trámites del divorcio y retomar su antigua profesión de peluquera, pero Federico se entera. Ante la inminente separación enloquece, no piensa, solo quiere desquitarse. Discuten una vez más y ella intenta escapar, sale al jardín, pero él la tiene acorralada, la toma del cabello, le grita obscenidades y tras una bofetada lanza a la mujer al pozo de agua.

Maribel, aterrada, sudaba y lloraba, no lo soportaba. Se lanzó tras su madre y escuchó la voz de la terapeuta: «Tres, dos, uno, ahora quiero que vuelvas». Antes de tocar el agua despertó del trance.

La terapeuta estaba delante de ella, apenada. Ella tomó sus cosas y prometió que estaría bien. Salió de la clínica apresurada y recordó todo, cuando sacaron del pozo a su madre muerta, a los policías, la versión de su padre, las noticias del suicidio de una pobre mujer depresiva.

Subió al auto y dio la orden: «A casa». Su padre puso en marcha la camioneta, se preguntó qué clase de consulta duraba dos horas.

Llegaron a la casa y pasó por las descuidadas santarritas, que igualmente seguían floreciendo. Se cerró en su habitación y sacó el celular. Marcó al 911. Sabía que sería largo, que se enfrentaba a la indiferencia y el olvido, pero estaba segura que no podría seguir con su vida si no lo resolvía. En el fondo sabía que, como las santarritas de su madre, la verdad al final florerecía, sin importar cuántas trabas hubiera.

## TERCER PREMIO

# La despedida

Lilian Viviana Portillo López

**CUANDO LO VIMOS SUBIR** al bus tenía 14 años y un tiranosaurio de juguete que llevaba siempre a escondidas. Se fue una tarde de verano con la promesa de volver hecho un hombre —aunque nunca supo realmente a qué se refería la gente con eso—, mientras el sol agonizante se vestía de violeta, dejando sobre nuestras cabezas una angustiada añoranza. Yo no comprendía el lenguaje de la ausencia. La despedida se tornó pesada y solo quería volver a casa a jugar en el patio y embarrarme de lodo. Después entendí que esa tarde a mamá se le había roto el corazón.

Mi hermano, siendo aún un niño, era un emigrante con aspiraciones de entrar al mercado laboral de la gran ciudad bonaerense. Tenía como referencia los datos que le había pasado a un vecino del pueblo don Cacho, un paraguayo que vivía ya hacía tiempo en la Argentina, en provincias, y que tenía un programa de radio llamado *Ritmo aguerrido*, donde pasaban música paraguaya. Desde ahí recibía pedidos de mano de obra para constructoras que hacía llegar a sus conocidos en Paraguay. Según lo prometido, iría como ayudante



de albañil y seguiría yendo a la escuela por las noches, «para hacerse de mundo», decía tío Andulfo. Mamá nunca antes nos había tenido lejos de ella. Tuvo que pasar algunas noches en vela antes de decidir dejarlo ir. El tío, medio lisiado, insistía en que un hombre se hacía hombre enfrentando las adversidades y en que no había edad para empezar a ser hombre. Él mismo tuvo que aprender desde muy pequeño a arreglárselas solo, sorteando infortunios.

Pasaron treinta horas y no llegaba ninguna noticia de él. Las llamadas sin respuestas empezaron a agolparse y un sollozo ahogado nos perseguía por toda la casa. «Buenos Aires no queda tan lejos», decía mi tía Rosa, que estaba de visita. «Pero hubo un tractorazo en plena ruta», decía tío Andulfo, mientras mascaba naco y ojeaba el diario. Mamá se hamacaba en un sillón de madera al lado del teléfono, sin pronunciar palabra, con los ojos más profundos que jamás había visto.

Ella era mayor cuando se embarazó de mi hermano. Papá la abandonó por otra familia. Luego, volvió arrepentido... hasta que aparecí yo en el vientre de mamá, y él se marchó de nuevo, para nunca más volver. Nosotros vivíamos en un pedazo de tierra desocupada que mamá y el tío Andulfo habían tomado sin tener ningún título. Allí nos dedicábamos a cuidar de una pequeña huerta de hortalizas y de las pocas gallinas que mamá había conseguido mantener. También teníamos algo de mandioca y bananos que más bien

estaban destinados a nuestro consumo. Con el resto, ella se las arreglaba para conseguir algún trueque o dinero que nos ayudase a sobrevivir. Mamá siempre fue nuestro único baluarte.

Pasaron cinco días y la angustia se podía ver en el rostro de ella. El tío Andulfo callaba, aunque a veces una tímida lágrima recorría sus mejillas. La tía Rosa se pasaba rezando el rosario, santiguándose frente a las imágenes de un altar improvisado. Mamá no paraba de hacer llamadas sin encontrar respuesta. Impulsada por la desesperación y la incertidumbre, se puso su traje de salida y se dispuso a acudir a la Comisaría de la ciudad. Cuando la atendieron, trataron el caso sin poner siquiera el menor empeño. «Posible tráfico humano», indicó el comisario, informando que ellos nada podían hacer sin recursos. Desde ese día las ventanas de la alegría se cerraron para siempre en nuestro hogar. Tan hondo era el dolor que nadie se animaba a tocarlo. Lo dejamos dormir en el fondo de nuestras entrañas. A partir de entonces olvidamos cómo sonreír.

Mamá solía gozar de fortaleza, más de la que cualquiera en su lugar hubiera podido tener. La imaginaba como un hermoso y fornido árbol, fuerte e imponente. Pero hasta el más grande de los árboles puede tumbarse y marchitarse. De pronto, se le notaban las arrugas, así como las canas en su sedoso cabello negro. Se le endurecieron las manos, se le encorvó el cuerpo, se le esfumó el brillo. Seguía haciendo llamadas y esperando respuestas, aunque cada vez por periodos de

tiempo más prolongados. Se fue olvidando de la casa, la huerta, el gallinero, de nosotros.

Tío Andulfo también estaba triste, pero al menos él se ocupaba de mí en lo que podía. Empezamos a pasar hambre sin las ganancias y los trueques que mamá solía hacer, así que el tío Andulfo y yo salimos a recorrer los ranchos. Era poco lo que podíamos hacer con la renguera de él. En cada lugar que llegábamos le sentían lástima. Él debía tragarse no solo el dolor sino también el orgullo. Aguantó cuanto pudo. Pronto le achacaron los dolores, hasta que lo dejaron postrado.

Hacía ya un año de la partida de mi hermano, y yo acababa de cumplir nueve años. Mamá seguía taciturna, esperando alguna llamada, aunque ella no hacía ya ninguna. Sus ojos se enmarañaron y su voz era apenas un recuerdo. Intenté ocuparme de algunas cosas, pero aún era muy pequeña. Tuvo que volver la tía Rosa, esta vez en una visita más larga.

Una mañana el tío Andulfo ya no despertó. Mamá no dijo nada. Lo velamos en el patio, cerca de las mandiocas, y pronto el hedor se mezcló con el tufo de verano. Al entierro fuimos mi tía y yo. Mamá se quedó esperando al lado del teléfono.

El tiempo siguió corriendo y con la tía Rosa nos fuimos acomodando para salir adelante. Mamá era casi un espectro. Poco a poco se fue consumiendo. Casi no le quedaban cortezas al bello árbol que una vez había sido. Ya sin coraza, sucumbió ante el peso de la nostalgia.

Pasaron un par de años, hasta que un buen día un pequeño hombre apareció en nuestra morada. Tenía el gesto adusto y la mirada endurecida. Tal vez nunca sepamos todo lo que había pasado desde que tomó aquel bus en medio de la carretera rumbo a Buenos Aires, pero al fin había encontrado la manera de volver a casa.

Nos miramos sin saber qué palabras decir. Mamá estaba dentro, sin enterarse ya de lo que ocurría a su alrededor.

El reencuentro fue desolador. Mi hermano, tendido a sus pies, lloraba sin consuelo. Mamá apenas le dirigió una mirada mecánica. Ningún gesto, ninguna palabra pudo brotar de ese árbol marchito.

Me hinqué al lado del hombre ahora desconocido y por primera vez lloré por mi madre.

Ahora somos nosotros dos contra el mundo.

Mamá sigue esperando, a veces al lado del teléfono, otras veces simplemente se queda en la cama.

Nosotros esperamos el día en que nos toque llamar a la tía Rosa de nuevo, esta vez, para acompañar a nuestra madre a su lecho de muerte.

En los atardeceres, cuando el horizonte se pinta de nostalgia, recuerdo aquella tarde maldita, y me parece que nunca fuimos nosotros los de antes, que en verdad nunca sonreímos, que aquella despedida había sido lo único real.



## MENCIÓN DE HONOR

### **Acrux G-1201**

Juan Marcos Antonio Bordón Tanis

**ME DESPIERTO CON UN SUAVE MASAJE** en los hombros que baja por las comisuras de mi espalda. Simulo que aún duermo para que continúes con tu hazaña y, cuando volteo, te veo sonreír. Las feromonas no se controlan. En el exterior, la lluvia golpea contra el cristal y el tintineo hace gala a la atmósfera. Después rodeo tu cuerpo y me sumerjo en tu humedad.

El tiempo pasa de prisa y por la noche salimos hacia el centro capitalino, aparcamos en el bar de siempre. Sé que amas los ornamentos de estilo medieval. De pronto veo que un hombre aparca una motocicleta que parece un monopatín, un poco más grande de lo normal. Del piso se expulsa un aire que lo hace levitar a centímetros del suelo. Patidifuso, abro los ojos como platos al presenciar cómo han avanzado los medios de transporte. Sin embargo, lo que más me sorprende es que, cuando se acerca al estacionamiento, desde el piso emerge una especie de poste. De él se desprenden dos brazos parecidos a cadenas para sostener la motocicleta.

Un rato después despierto del letargo, pero entro en otro al ver a un mozo que es un holograma, levan-

ta un pedido y acto seguido se evapora. Después de la exquisita cena, recorreremos la costanera de Asunción. Por encima del Palacio de López, la bandera paraguaya flamea con sus luces correspondientes, neón, kriptón y argón. Hay nuevas esculturas futurísticas, carteles luminosos y gigantografías con comerciales inusuales, como uno que en especial me llamó la atención: «Pasajes interestelares y viajes a la luna». ¿Dónde estoy?, me pregunto.

No recuerdo cómo pasó, si me dormí en una retorta criogénica o si he tenido un accidente cerebrovascular. Veo un mundo distópico, pero mi mente está estacionada en el pasado. Vienen a mí reminiscencias de fragmentos astrales, cuando jugábamos *tuka'e kañy o trompo jejoka*. Sonrío nervioso por mis ocurrencias. Ella me otea de pies a cabeza, condescendiente. No me gusta que inventen cosas sobre mí o me oculten la verdad. Me meto en uno de los baños públicos de la Costanera, solo para verme al espejo. Lo que refleja parece normal. Me froto los ojos para saber si estoy despierto y busco alguna herida o algún rastro de una reciente operación. Nada.

—¿Estás bien? —me pregunta al verme de ese modo.

—¿En qué año estamos?

Mis palabras fluyen como si no tuviera autonomía sobre mí mismo. Ella reacciona con un gesto de sorpresa, como si yo le hubiera hecho una broma de mal gusto.

—¿En serio no lo recuerdas?

Golpe bajo. ¿Soy yo o es ella quien no recuerda?  
—Siento que no pertenezco aquí. Todo me es extraño.  
—¿De verdad te sientes bien? ¿Quieres ir a casa?

Se acerca y me palpa la frente, por si tuviera febrícula o algo por el estilo. No sé cómo confiarle la verdad, que no recuerdo quién soy y por qué estoy en un tiempo de alienación humana y que me hundo en un océano de dudas. Para ser francos, ni recuerdo su nombre. Solo me despertaron sus suaves caricias esta mañana. Se ha convertido en un elixir, el néctar que me endulzó. ¿Quién en verdad es? ¿Por qué actúa como si nos amáramos? ¿Nos amamos? Percibo una energía negativa proveniente de mí mismo. ¿Qué significa todo esto? Me gustaría preguntar al azar para corroborar que todo esté sucediendo, sin embargo, oculto mi pesar. Actuaré con normalidad, como si en verdad lo recordase todo.

Todo en rededor es fantástico. No existe el dinero físico. Solo criptomonedas. Pagamos la cena, el viaje en taxi por rieles aéreos. Lo más extraño es que el vehículo es autómata. Solo introduje mi huella dactilar y se desplegó un mapa en el parabrisas. Seleccioné las coordenadas y el vehículo viajó como un tren bala. En menos de diez minutos llegamos al lago Ypakaraí. Allí la situación se torna más extraña aún. Ya no hay bosques como lo recuerdo. Solo edificios de más de cien pisos y un hatajo de personas que realizan distintas actividades a la intemperie.

Ella —la llamaré «Ella»— sonrío y me impulsa a que alquilemos patinetas para hielo. Me pongo ner-



vioso porque no veo ningún copo de nieve que forme el vapor de agua congelada. Parecerá una locura, pero bajamos por una escalera mecánica al subsuelo. Hay como una cúpula enorme y veo que un guardián controla la entrada y la salida. Solo ahora comprendo a qué se refería. Sonríe nervioso. Lo que no comprendo es quién soy, por qué ha pasado tanto tiempo. ¿Qué sucedió con mi reciente pasado? Tengo que buscar información válida que me lleve a mis más lejanos recuerdos y que me transporte a mi verdadero yo.

—Pareces estar en otro mundo —me recrimina.

En verdad lo estoy, quizá en otra vida, pienso.

Mientras elucubro qué excusa será más convincente, maquino cómo buscar información de quién soy. Francisco González, el detalle figuró al momento de impregnar mis huellas dactilares en el taxi cuando pagué. Ella en ningún momento introdujo su huella o solicitó algo. ¿Será un androide? Lo extraño que sentí su fluido y sudor cuando copulamos, incluso gimíó después del clímax, cuando mi simiente recorrió su interior. No quiero parecer loco y que me dejen guiar por la fantasía, pero ver lo que ocurre a alrededor me hace estar dentro de ella.

Los periódicos no son como los recuerdo. Son un compendio de hojas electrónicas desechables, sin letras, sino con videos informativos o panelistas que dan micro informes virtuales. Facebook y Whatsapp han desaparecido. Los medios de comunicación son otros, hologramas expulsados de una pulsera tipo re-

loj, y los recuerdos se almacenan en la nube, en una especie de Mega, con miles y miles de gigas de almacenamiento. Para buscar información de mí, es probable que deba ir a la biblioteca virtual de la Municipalidad de Asunción.

Ella me ofrece una pastilla. Saca una cápsula bicolor de un frasco tipo probeta, con huella dactilar para la apertura. ¿Por qué lo tiene ella y no yo? ¿Sabe que estoy enfermo o ella es quién me intoxica?

—Toma, es hora de que consumas tus vitaminas.

Me veo indeciso, como Neo frente a Morfeo. Veo el exterior. Ninguna prescripción médica, nada que anuncie sus propiedades ni para qué síntomas se consumen. Le digo que estoy bien y huyo del lugar, hasta perderme de su rango de visión. Ella me mira extrañada, como si la hubiera olvidado, como si quisiera escapar de su presencia. No sabe que huyo de mí mismo para conocerme, descubrirme.

Analizo los pro y los contra. Estoy alejado de mi zona de confort y no me apetece regresar. Quizá la mejor partida sea que huya para siempre. Mientras escapo, veo rostros asustadizos que se apartan para concederme el paso. No existen policías ni guardias de seguridad. ¿Acaso todas estas personas que veo aquí son ilusiones mías? Para corroborarlo, me acerco a un niño con prendas de *ao po'i*. Se cubre detrás de su madre mientras gimotea por cómo actúo.

—¿Qué sucede, señor Francisco? —me pregunta la madre.

¿Cómo supo mi nombre? ¿Por qué no la conozco?

—Sus signos vitales están muy altos. Creo que necesita calmarse porque nos está asustando a todos.

—No sé qué me está sucediendo. Creo que me estoy volviendo loco.

Saca de su bolso una especie de jeringa. Confiesa que es un tranquilizante. ¿Es doctora? ¿Cómo verificó mis signos vitales?

—¡Maldición! —grito.

De repente, varias aves sobrevuelan el cielo.

Me percato que tiene un anteojo donde figuran íconos e información personal. Se lo quita, arrastra sus dedos por el lente hacia el exterior y se refleja un reporte completo, incluyendo un árbol genealógico que identifica hasta el último grado de mi parentesco. Me gustaría aprender lo que hace, quizá hasta puedo hacer lo mismo y aún no lo descubro. Empiezo a dudar de la veracidad de los hechos. Para satisfacer la curiosidad de los transeúntes, digo que me olvidé la pastilla en casa y que ahora iba corriendo para consumirla. Eso los tranquiliza y vuelven a sus respectivas actividades. De pronto suena una alarma. Busco en mis bolsillos y por debajo de mi camisa, pero no tengo reloj ni celular, hasta que me percato de que por detrás de la oreja tengo un auricular minúsculo y activo un botón, mientras busco de dónde proviene el sonido.

—¿Dónde te has metido?

¿Cómo decirle que solo huía? ¿Cómo traspasarle las coordenadas para que me busque?

—Solo quise tomar aire —miento torpemente. El aire está contaminado y espeso. La mayoría tiene un casco de astronauta. Otros andan con respiradores artificiales a cuestas. ¿Qué le hicimos a la humanidad? Hemos sido un caos humanoide y ahora estamos pagando las consecuencias de nuestros actos. Me consume la ira.

—¿Por qué no me indicas qué ves? Me servirá si me describes algo en particular, un negocio, algún edificio corporativo, lo que sea.

—Estoy en el mismo bar que cenamos hace un rato, pero esto no puede ser, si viajamos a velocidad *mach*, según el kilometraje del vehículo en que viajamos al lago.

Ya no quiero jugar este juego de personas desconocidas. Me detengo en un espacio, bajo el umbral de un techo que libera un aroma de jazmines que confunde la realidad de las cosas. Para ser franco, me cuesta imaginar que algo inventado pueda crear un espejismo y que las personas crean que es verdad, incluyéndome.

Me desprendo el artefacto y lo lanzo contra el piso. Veo los fragmentos esparcirse en el piso. Algunas personas se detienen a estudiar mi comportamiento. Levanto la mano para indicar que ha sido un accidente.

Sigo huyendo de la realidad y me pierdo en laberintos sombríos. Oigo canes que ladran en la lontananza y otros sonidos espectrales que me atemorizan. Parece que estoy en un suburbio, como si cambiar de

fase sentimental me transportase a otro lugar. Oigo pasos siguiéndome, miro por detrás de mis hombros y no veo a nadie. Luego me introduzco en una niebla y no veo el camino ni mis huellas.

¿Dónde estoy?, ¿hay alguien aquí? Escucho ecos de mi voz, como si estuviera en una gran habitación vacía.

Nadie responde, hasta que me detengo y me siento en el piso, me tomo de las rodillas y me recuesto en posición fetal.

Escucho mi propia respiración, también oigo como pitidos de una máquina de hospital, levanto la mirada y la veo a ella, mi ángel, mi salvación.

—Tranquilo, todo estará bien.

A continuación, me introduce la jeringa que creo reconocer. Siento un pequeño escozor y después percibo que mis pulsaciones se reestablecen. De pronto me veo en una camilla, con cables introducidos y salidos de mi pecho. Intento moverme y no logro hacerlo, hasta que siento que ella se posa sobre mí.

—¿Dónde estoy? ¿Qué año es?

—Está en el hospital y estamos en el año 2236.

Quiero creer que se trata de una maldita broma. Después, ella, la doctora, me muestra mi figura o lo que queda de mi cuerpo. Soy un ciborg cortado por la mitad después de una batalla librada en el exoplaneta Keex-2109 (por su año de descubrimiento). En el pasado mi nombre fue Francisco González. Me convirtieron, gracias a un comandante, en Acrux-G1201, uno de los miles de humanoides.

Me explica que lo que me insertan es anestesia local y que me seda porque concibo realidades aparentes, que depende de los días y de mis fases sentimentales para que me den medicina o no. Lo más triste es que hoy existo con base de recuerdos implantados en chips y que me mantienen *vivo* por haber sido un héroe interestelar.

Ella me acaricia con suavidad.

Después, duermo.



## MENCIÓN DE HONOR

# Átropos

Liliana García Wenninger

**EN ESA IRREALIDAD QUE LA SOSTIENE**, en la orilla de todas las corrientes, el tiempo madura ciertas cosas. Ella, un tanto perpleja, no sabe cómo ponerlo en perspectiva. Inmune a cualquier temperatura, se encuentra jadeante de tormentas. Sin recuerdos, vaciada la memoria, hay desdichas que prefieren compañía. Arropada en una túnica de seda, traspasa paredes el primero de cada mes en busca del acorde reservado a su alma. ¿Saldrá a cumplir algún ceremonial?, se preguntan sus hermanas. Por prudencia, no intervienen. A fin de cuentas, no hay mujer que no abrigue algún misterio.

Él, cuando echan a volar las campanas, siente el alivio de la tensa espera. Vigila los cielos, la mirada traspasada de ansiedad. En medio de nubes de tintes violetas, surge ese amor recién amanecido, como un rumor de espuma derramada. Ella le quita las gafas, se abraza a su cuello y le hinca las uñas, dulcemente. Con la dignidad de los tiempos idos, saborea esa piel de damasco que tiene el calor que a ella le falta, porque es de otra casta. Juntos, en un lugar común, com-



parten su anhelo de alquimia, sin más prendas que dos cuerpos rozándose entre sábanas.

Es su noche más íntima. Las pupilas ya no están endurecidas. Ella desarma sus trenzas y deja su pelo suelto sobre la espalda.

Ha llegado la hora. En la morada sin puertas sus hermanas le aguardan. Con la voz acunada en su cuerpo, él lanza besos en lugar de un adiós. Ya en su torre almenada, ella vuelve a sus quehaceres. Los truenos intimidan el ambiente. De pulso silencioso, lleva un luto absoluto. Su guante suave y perfumado sostiene la tijera. Pero esta vez no mira el hilo, hecho y tensado por su séquito macabro, sus dos hermanas. Cierra los ojos, absorta en recuerdos, y en un acto reflejo corta la cinta. Engullida por la oscuridad comprende, súbitamente, que el destino es cruel y que sus manos sujetan, ahora, los restos de aquello que amaba.

## MENCIÓN DE HONOR

### El barranco

Mario Sebastián Zárate

**LO RECUERDO.** La tarde languidecía. Ana dormía con la cabeza recostada contra el vidrio. Bajábamos el cerro de Ka'akupé a una velocidad prudencial. Las ramas de los árboles cubrían la carretera como una garra interminable. La radio del auto había dejado de sonar. El motor mantenía un sonido constante. Era un viaje largo de ocho horas, sin detenernos ni para mear. Lo único que queríamos era ver a Bruno y Sole, que seguro ya nos estarían esperando para la cena. En la primera curva, me pareció ver un cuerpo sin cabeza al costado de la ruta. Algunos metros más adelante, algo pesado cayó sobre el capó y golpeó con fuerza el parabrisas. Del susto, hice una maniobra brusca y perdí el control del auto. Caímos al barranco. La cabeza, los brazos, las piernas, todo el cuerpo como magullado a martillazos. Miré apenas al costado y vi a Ana desesperada, con los ojos cerrados, tratando de aguantar. En un lapso, logré divisar por el espejo retrovisor otro auto que caía detrás de nosotros, pero del lado contrario. Fueron segundos interminables hasta que al fin dimos las últimas vueltas. Quedamos con el

coche boca arriba. Una tensa calma se sentía alrededor. Humo y ruedas girando sobre su eje era lo único que se escuchaba. «No morimos», le dije a Ana. Ella todavía no entendía lo que había pasado. Un hilo de sangre se deslizaba de su nariz y recorría el borde del labio superior. Se tomaba de la frente. La pulserita de rosario bendecido que había comprado temblaba en su muñeca. Acompañaba el temblor de la mano con bruscos movimientos pendulares. Yo me tomaba del brazo. En ese momento creí que se habría dislocado. Empezamos a escuchar crujidos de ramas, movimientos de arbustos. Ana miraba al frente. «¿Qué carajo eso es?», me dijo y apuntó al frente. Miré hacia los arbustos y ahí los vi. Salían de a poco, como tanteando el espacio. Parecían animales que reptaban por la superficie. Piernas cortadas, brazos partidos, cuerpos por la mitad, todos asomaban como bichos en busca de algo. Un torso sin cabeza se acercó a una piedra y buscó recostarse. Dos piernas sin cuerpo, uno al lado del otro, corrieron frente a nuestro vehículo con movimientos coordinados y precisos. Una señora de rodillas buscaba sus ojos; los tenía colgados sobre las mejillas. Palpaba el suelo con las manos. «Veeengann... vengaaann...», decía con voz de niña. Una cabeza de hombre reía desde un árbol. Balbuceaba y salpicaba saliva por todos lados. Alrededor, un paisaje de partes de cuerpos se dibujaba en el horizonte. Levanté la vista y logré divisar, allá arriba, algunos vehículos que circulaban por la ruta con precaución. Era de noche

y de día y de noche, ya no entendíamos qué pasaba. A metros de nosotros, el otro sobreviviente salió corriendo de su coche e intentó subir la pendiente entre tropezones y desesperación. Mientras subía, casi en cuclillas, una extremidad de brazo que abarcaba del codo a la mano se tomó de la espalda del hombre y lo tiró al suelo. Un pie partido por el tobillo le propinaba patadas a la altura de la rodilla. Tres cabezas rodantes llegaron hasta la espalda y se tomaron con los dientes del cuello. En segundos, partes de cuerpos se aferraban a él como hormigas que invadían en masa un trozo de pan. El hombre daba patadas a lo que se acercaba, pero eran demasiados. Un grito desgarrador fue lo último que escuchamos. El festín carnívoro no daba tregua. Minutos después, se dispersaron por el lugar. Vísceras, restos de carnes y huesos quedaron esparcidos por el suelo. Cada parte fue mutilada y llevada a diferentes lugares. «¡Qué puta! Tenemos que salir de acá», me dijo Ana, desesperada. Traté de calmarla. Miré alrededor como buscando algún tipo de salida. Mientras miraba por la ventanilla, de pronto, una mano saltó sobre mí. Caminó sobre mi cuerpo e intentó tomarme el cuello. Logré sacármela de encima y la tiré contra la puerta del auto. Como a una araña, la aplasté con fuerza con la suela del zapato. Ana hacía lo mismo hasta que no se volvió a mover. Las partes merodeaban nuestro vehículo como hienas hambrientas. Unas narices saltaban como langostas por todos lados. Husmeaban el parabrisas un rato y luego

volvían a saltar inquietas. Repentinamente, todas las partes se encaminaban hacia una dirección. «Mirá», dijo Ana, apuntando hacia un montículo de basura. Habían llevado partes del cuerpo mutilado hacia ahí. «Acá tenemos que aprovechar», me dijo, y lo creía realmente. «Esperamos que vayan todos y salimos. Subimos como sea», dijo mientras miraba la pendiente. Ya se acomodaba como para forzar la puerta y salir corriendo. Unos ojos nos vigilaban atentamente. «No nos escuchan; nos pueden ver nomás». Ana siempre tuvo esa particularidad de entender situaciones y actuar en el momento. De pronto, esos espías rodaron hasta donde estaban las demás partes. «Salimos sin dudar, sin mirar atrás, ¿escuchaste?», me dijo preparando la patada a la puerta del auto. Observé por todos lados antes de aventurarme. Nunca en mi vida sentí tanto miedo. No podía imaginar mi muerte de esa manera. «Ahora», dijo de pronto y abrió la puerta de una sola patada. Salimos tan rápido como pudimos, y le hice caso, no miré atrás. Al instante empezamos a escuchar silbidos. «DALE, CARAJOO... DALEEE...», gritaba Ana mientras subía. «¿DÓNDE LO QUE SE VAN?», dijo la cabeza del árbol en tono de burla. Al instante escuchamos la estampida detrás. Llegamos a medio camino. «Dale, no pares», me alentaba Ana. Mientras la miraba subir con destreza de deportista, un cráneo golpeó su cabeza y la hizo caer hacia mí. Logré tomarla del brazo. El golpe le había partido la sien. «Dejame, subí vos y pedí ayuda», dijo y me soltó la

mano. Cayó de espaldas y fue rodando la pendiente. Ahí nomás fue alcanzada por varios brazos partidos. En ese momento me di cuenta que estaban demasiado cerca. Ana, con lo que le quedaba de fuerzas, tomó un tronco partido y repartió palizas por todos lados. Yo en ese momento no sabía qué hacer, si seguir subiendo o bajar para ayudarla. Creí conveniente pedir ayuda. «Ya falta poco», me dije. Tres metros, dos. Me aferré de un arbusto justo antes de alcanzar la carretera. Tomé impulso y logré llegar arriba. Era de noche. La luna, entre las nubes, daba algo de claridad a la ruta. A lo lejos, un auto se acercaba con las luces altas. Sin pensar, le salí al paso, como asegurando a que me viera. En la premura, tropecé con una piedra y caí de bruces al suelo. La nariz me comenzó a sangrar a chorros. La presioné con la mano intentando detener la hemorragia. Al levantar la cabeza, vi que el auto se encontraba muy cerca. Me paré como pude y fui corriendo frente a él. «AYUDAAAAAAA», grité. El auto frenó de golpe y se escuchó el chirriar de neumáticos. Estuvo a metros de atropellarme. Las luces encandilaban. «Ayuda, por favor», le dije, llorando como un niño asustado. El auto me hizo un juego de luces. «Mi esposa está allá, ayuda, por favor», dije entre mocos y sangre. Una niebla se formaba en el reflejo de los faros. Levanté la mano, apenas divisé al chofer con cara de sorpresa. Al intentar moverme, sentí que unas manos tomaron mis tobillos con fuerza. Una pulserita de rosario en una mano mutilada me sujetaba y no me

dejaba mover. Miré al chofer. «Por favor», le supliqué. Las manos jalaban con tal fuerza que volví a golpearme la nariz en la caída. Traté de aferrarme al asfalto con las uñas. Aun así, fui arrastrado bruscamente hacia el barranco y me perdí en la oscuridad insondable.

## MENCIÓN DE HONOR

# El depósito

Aaron Daniel Benítez Galeano

**TODO SE PUEDE VENDER.** La tele todavía se prende. Y al cable se le saca el cobre y se consigue un poco de plata.

Cuando pido dos Guaymallén para desayunar, el almacenero quizá se pregunta de dónde soy. No creo que conozca Capiatá.

La vez pasada, un tipo, gritando mi nombre, golpeaba la puerta diciendo que se murió mi hermano, ni que corriera de su propia muerte para darme la noticia. Continué durmiendo. Ya clareaba de tanto pensar.

Cuando Marina y Gonzalo vuelvan seguro ya va a ser lunes. Por lo menos queda el asado que trajo la otra vez, me olvidé nomás de tapar.

—¿Pero para qué traés otro? Con dos ya estábamos muchos. ¿Por lo menos sabe hacer un guiso el pibe? Dejalo que nos va a servir en la casa por lo menos, no ves lo sucia que está siempre. Aparte vos tampoco traés un mango, así que no te quejés. Servime más vino, dale.

Escuché que de eso hablaban al lado, pero no debe ser sobre mí. Pienso que si hay una ventana o si llavea bien la puerta no importa, porque si no es por mí siempre está vacía, como los cartones de Uvita.



Cuando miro el noticiero, los vecinos pasan apurados igual que si llegaran tarde a trabajar, y miran a través de la cortina, transparente. En la esquina se recuestan cuando ponen a secar ropa arriba o si cortan cebolla, tas, tas, tas. Si suben por la escalera o rebota la cabeza de un bebé por los escalones y llora, cuando caminan o corren disimuladamente, veo el caminito que dejan por mi ropa, *Ysope*, creo que se llama, aunque eso no se escucha si te camina, no se deja ver tampoco, o al menos yo no vi.

«Pero si está re lindo y mirá qué cómodo», me dice si le pido un colchón nuevo.

Lo que no suena discretamente es el tanque de agua, pero todos saben cómo suena un tanque de agua, porque en la villa cada casa tiene un tanque de agua.

La primera vez que Martín llegó me dijo «¿Qué es ese ruido?» y que no sabía mucho castellano. Le pregunté si almorzó. «Arroz», dijo. «¿Quieres ver tele?» «No», dijo solamente y se sacó la ropa.

Hoy no olía a jabón como la vez que nos vimos en el depósito mientras su papá dormía, aunque sé que desde entonces está menos interesado en mí. No siempre sé lo que piensa, solo que le gusto, pero últimamente también dudo de eso, como dije antes, si le gustara no me tendría en esta pieza oscura por un mes, o al menos me diría hasta cuándo debo quedarme. Solo porque vi hilos con mi sangre, entrecruzándose, y escapar por debajo de la puerta supe que me podía ir.

## MENCIÓN DE HONOR

### El santo remedio

Miguel Arturo Vacchetta Boggino

**EN 1910, GUAIRÁ SE LLENÓ DE LOCOS.** La noche fue asaltada por una estrella desquiciada de larga cabellera. Existía la certeza de que todos morirían de un modo horrendo cuando el inmenso rabo de un cometa envenenase el aire. Entonces, las iglesias se llenaron. Los confesionarios no daban abasto. Desde el púlpito los santos varones se desgañitaron anunciando que con sacrificios y expiaciones se podría evitar el cataclismo.

Meses después de que el visitante celeste pasara, con penas para muchos y gloria para pocos, llegó un famoso sanador desde el sur. Decían que era un co-rentino que había salvado a muchos del suicidio y la locura, vendiéndoles un elixir que actuaba como antídoto a las emanaciones ponzoñosas liberadas por la larga cabellera del cometa.

Llegó el sanador en un enorme carretón cubierto, lleno de objetos, asistido por dos morenos descomunales que estaban a su servicio. Trajo también a un enorme perro pardo, siempre encadenado. Todos ellos, incluido el perro, tenían una característica en

común: no eran amables. Nunca sonreían. Sus miradas eran abismos insondables.

Alquiló una casa y la llenó de imágenes de santos fantasmagóricos, cuadros con oraciones, velas de colores, libros antiguos, potes con resinas, botellas con aceites, calderillas donde ardían fragancias de incienso y perfumes raros, convirtiendo el ambiente en un portal de tránsito hacia otros estados de conciencia.

Tiempo después, el curandero, llamado médico en la campaña, contrató a un pregonero para llevar dos carteles de publicidad, uno adelante y otro en la espalda. Con una campana de mano, repartía exclusivamente a la gente de edad avanzada dibujos con leyendas del deseado medicamento para recuperar la juventud. También contrató a canillitas, lustra botas, peluqueros, mozos y almaceneros para que repartiesen su anuncio. Recibiría a los pacientes con la condición de que los ancianos viniesen solos y discretos. Movidos por la curiosidad o el deseo de volver a ser jóvenes, se acercaron unos cincuenta viejos de toda la comarca. Quedaron impresionados con la elocuencia del sanador. Vieron en una especie de neblina cosas inusitadas que surgían aparentemente de la nada. Todos se anotaron para el tratamiento. Los cincuenta aportaron una substancial cantidad de pesos fuerte. Además debían proporcionar carretas, bueyes y vituallas, entre otras cosas para una travesía al final, de la cual elaborarían el remedio.

Entonces recibieron una lista de las cosas que podían llevar y de las que no. Podían llevar tabaco para

mascar, cigarros, velas y lámparas a kerosén —las típicas mbopí—, charque, coco, maíz, caña, ruda, limones, bolsas de galletas, mandioca y abundante yerba mate. También marlos de maíz para sus necesidades escatológicas. No podían llevar lápices, libros ni armas. Tampoco acompañantes ni mascotas. Hubo una excepción, un loro charlatán obtuvo el pasaporte, ya que caía simpático al chamán, quien en el trascurso del viaje aleccionó a la cotorra en el arte de espiar a los viejos durante la larga marcha.

Después de muchos aprestos y grandes sacrificios reunieron todo lo exigido. Juntaron diez carretas atestadas de ancianos, sin contar la que encabezaría la caravana y que era del sanador-médico-chamán. Ungidos los bueyes, en una madrugada llena de neblina, salieron rumbo a la Picada de Siete Leguas que conectaba Villa Rica con la legendaria Ka'aguasú, la Santa Selva, increíblemente rica, llena de maderas preciosas, helechos antediluvianos, hongos mágicos y espeluznantes leyendas.

En una mañana de trinos y gorjeos, vadearon el arroyo Gervasia. El cruce del arroyo Borja fue especialmente difícil por la enorme cantidad de arena y la inclinación de sus márgenes. De modo que tuvieron que prestarse entre ellos las yuntas de bueyes para lograr el empuje. Lo mismo fue para el cruce del arroyo Guasú.

Después de rodear verdes cerros se adentraron en el largo túnel vegetal, la fabulosa y temida picada donde no llegaba la luz del sol, la colosal floresta,

llena de misteriosos chirridos, insectos multicolores, ¡waaa,waaa, waaa! de monos, croar de batracios, sonidos de agua.

A la noche debían acampar. No se podía ver el cielo. La selva invadía todo. Mediante el paso de las alzaprimas el camino sobrevivía. Esas carretas hechas para rollos colosales, tiradas con tres juntas de bueyes, iban como lanzaderas rumbo al barrio Estación de Villa Rica del Espíritu Santo y volvían vacías a la ya desacralizada selva.

En ningún momento los viejos perdieron el buen humor. ¡Tan entusiasmados estaban elucubrando ensueños! ¡Ah, la gloria del cuerpo joven! ¡Ah, las delicias de la carne, los esplendores, los asombros! ¡Ah, los espejos! ¡Mundo, demonio y carne! De ese modo soportaron las fatigas y vadearon arroyos y humedales, penetrando más aún en la selva húmeda, misteriosa e interminable.

Por las noches buscaban algún potrero donde formaban una ronda con los carros. En el centro prendían una gran fogata que espantaba a los merodeadores nocturnos. Esos vigilaban con ojos llameantes y colmillos prestos desde el follaje siniestro. Los viejos solo se internaban en la espesura para bregar con sus esfínteres y volvían aliviados de cuerpo y alma. Conversaban hasta que el sueño los vencía. El loro, siempre atento, percibía todos los gestos y las palabras.

El médico nunca se hacía ver y no participaba de esas pláticas de grupo. En todo momento era asistido

por los dos secretarios que acercaban a su carromato todo cuanto pidiere.

En ninguna ocasión, los viejos perdieron la alegría y el entusiasmo. Especialmente feliz fue para ellos el anuncio de que estaban por llegar al sitio donde tendría lugar la preparación del menjunje.

Sorteados todos los obstáculos, llegaron a un enorme potrero escondido donde formaron círculo diez de las once carretas. La del médico estaba apartada, ya que debía hacer invocaciones, conjuros y ritos por los que necesitaba aislarse. Al iniciarse la noche se oyeron unos cantos extraños proferidos por el chamán, mientras los viejos esperaban ansiosos el glorioso momento de la reunión con el mismo.

Flanqueado por sus dos enormes capangas, se presentó el sanador, el hechicero. Anunció en un guaraní correntino que por fin se daban las condiciones, de que se había comunicado con espíritus y de que estos se habían mostrado satisfechos. En ese lugar daban permiso para hacer el ritual de preparación del maravilloso óleo que les iba a devolver el mocerío. Para ello, dijo, era preciso sacrificar al más anciano de los presentes para que, con su cuerpo, pudiera fabricar el remedio. ¡Una necesaria inmolación de uno de los abuelos en provecho de todos los demás!

Un enorme caldero lleno de una especie de caldo, emitiendo olores misteriosos, colmaba el entorno.

El anuncio abrupto dejó atónitos a los ancianos, quienes en su estupor no emitieron un suspiro.

Entonces el médico, envuelto en una larga túnica que lucía inmensa ante las llamas, con voz de trueno señaló a uno de los abuelos y le dijo de modo imperativo:

—*Nde, karai Laku...* ¿cuántos años tiene usted?

El señalado se levantó como tocado por un rayo, dio un brinco y, haciendo gala de elasticidad suprema, tiró su bastón y, sobreponiéndose al miedo que le erizaban los pelos, ante el peligro inminente, hizo de tripas corazón. Con voz finita de hilo de carretel, dijo:

—¡Cincuenta y ocho años!

—¡Ahhh! —dijo el brujo con los ojos llameantes—. ¡Ahhh! ¡Entonces no va a servir para el remedio!

Señaló con el dedo amenazante a otro que temblaba de un modo irrefrenable, y preguntó:

—*Ha nde, karai Sandallo,* ¿cuántos años hace que está en la tierra?

El interrogado dejó automáticamente de temblar y con voz casi de adolescente dijo:

—Cincuenta y ocho años.

—¡Extraordinario! —dijo el brujo—. ¡Extraordinario! ¡Entonces no es suficiente edad! —tronó, y siguió pasando revista a la tropa.

Todos se habían parado de modo militar. Estaban inmóviles. Ni un pelo se sacudían, ni un ¡ay! se les oía pronunciar. De repente todos movían las piernas, hacían flexiones, mostrando que estaban en plena y saludable juventud.

Entonces el hechicero, con una sonrisa sardónica, dijo:

—¡Caramba! Parece que están muy jóvenes. Este y este otro no sirven... —Y fue así mirando amenazante uno a uno, mientras todos, incluso alguno más o menos paralítico, se paraban, flexionaban, sonreían y mentían sus edades. Nadie, nadie, nadie tenía más de 58 años.

—¡Bueno! —dijo el chamán—. Es posible que todavía no estén curados del todo, pero mañana sí o sí, mañana se hará un sorteo ya que sí o sí haremos el remedio. ¡Es imprescindible una inmolación para que se cumpla lo prometido!

Un silencio sepulcral reinó entre los viejos.

Antes de retirarse, el hechicero dijo:

—¡Duerman ya! Duerman temprano, porque mañana a primera hora se sorteará, y al que le toque será ejecutado.

Todos en silencio fueron hacia sus carretas.

El médico-sanador-hechicero-chaman-brujo, con sus acompañantes, se retiró hacia su carromato escondido en las penumbras.

Esa noche ningún viejo durmió. Todos buscaron a sus bueyes. Poniéndoles el yugo con la mayor rapidez y con el mayor silencio, pusieron pies en polvorosa.

Con el alba, llegó el brujo, con sus gigantes, su mal humorado perro y el loro traidor, Gran Pyragué, en el hombro. El cancerbero husmeaba el aire... Entre los restos estaban las cenizas de la fogata con el caldero aún humeante, amenazante, lleno hierbas.



El brujo se adelantó y, constatando que no había carreta alguna, dijo y la selva lo repitió como un eco:

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡El miedo a la muerte es el remedio! ¡Todos se han vuelto jóvenes!

## MENCIÓN DE HONOR

### Entre clases

Diana Castellano

**EN UN REINO VASTO Y TRANQUILO** vivía un hermoso y brillante príncipe, amado por sus padres y respetado por sus súbditos. Vivía una vida alegre, llena de aventuras... Generalmente así comenzaban los cuentos que mamá me leía de chiquito, antes de ir a la cama. Ojalá así hubiese iniciado mi historia, pero lastimosamente este no es el caso. Mi vida no se parecía en nada a la de un príncipe. No vivía en un reino lleno de paz y tranquilidad. Mi vida era monótona y aburrida. No tenía amigos y a veces dudaba del cariño de mis padres. Esta es la historia de mi penosa realidad. Sin embargo, cuando logré ingresar al primer año del bachillerato en uno de los colegios más prestigiosos de la ciudad, mi vida se convirtió en algo mucho peor. Desde entonces comencé a vivir un completo infierno.

Mi calvario comenzó hace seis meses y cuatro días. Ese es el tiempo que mis compañeros llevan haciéndome la vida imposible. Al principio no entendía por qué se habían tomado conmigo, no comprendía qué les había hecho, no encontraba un porqué de sus ataques. Por más que lo pensaba, no podía encontrar

una razón lógica y justificable a sus fechorías, hasta que hace poco concluí que para esos chicos no era necesaria una razón. No necesitaban un motivo para lastimar a quienes ellos creían más débiles y así saciar su sed de diversión.

Una vez me encontré rodeado, con la respiración entrecortada, casi sin aliento, pidiendo clemencia para que me dejaran en paz, pero simplemente no me escuchaban y estoy seguro de que no iban a parar.

—¡No, por favor, no me hagan nada! ¡Ya les dije que no tengo dinero!

Esos atacantes me miraron con asco y sin una pizca de compasión. Los tres chicos frente a mí me observaron como si mi existencia no valiera nada, como si yo fuera un simple juguete con el cual se divertían cada vez que estaban aburridos.

—¿Qué tienes para ofrecernos entonces?

El más alto me tomó del cuello de la camisa, acercándome a su rostro. Su mirada irradiaba odio. No entendía qué había hecho para que sus ojos me miraran así. Me levantó por completo y comenzó a observar detalladamente mi cuerpo.

—¿Podrías pagar con tu cuerpo!

Su mirada de pronto me congeló. Quise tragar, pero la saliva se estancó en mi garganta. Mis labios temblaron y sentí como las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos. Mi vista se nubló y unas incontenibles ganas de vomitar me invadieron.

—¿Crees que podrás con los tres? —habló el rubio,

quien también me miró de pies a cabeza con una mirada hambrienta.

Escalofríos recorrieron todo mi cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Comencé a temblar de pronto. El miedo se apoderó de mí ¿Qué voy a hacer?

—¡Voy a ver que nadie venga! —dijo el tercero, que me dio una mirada rápida y fue a colocarse cerca de la puerta que daba al pasillo.

Nos encontrábamos en el baño de chicos. No se oía a nadie transitar por ahí. El resto de los alumnos y los maestros estaban en clase.

—¡Por favor, no me hagan nada!

La desesperación era palpable en mi voz.

Los dos chicos me miraron con una sonrisa burlona. —¿Recuerdas nuestro trato, Manuel? Quedamos en que tendrías que pagar una cuota. Solo tenías que pagar una vez por semana. Ya que no cumpliste con lo acordado, tendremos que castigarte —dijo el rubio y me tomó por atrás, aprisionando mis brazos.

Mis sollozos comenzaron a ser más audibles y mi temblor empeoró. Me retorció entre los brazos del agresor, pero su fuerza era mucho mayor que la mía. El otro chico se colocó frente a mí y desabotonó mi camisa lentamente. Sus ojos estaban encendidos. No me explicaba cómo podían hacer todo eso, no tenían escrúpulos y mucho menos vergüenza. De pronto con una mano acarició mi pecho desnudo y con la otra intentaba desabrocharme el pantalón. Entonces mis fuerzas estaban extintas. Cuando creí que ese sería el

fin, cuando acepté la trágica realidad y entendí que no tendría escapatoria, el tercer agresor llegó corriendo alertando a los demás sobre alguien que venía adonde nos encontrábamos. Antes de que salieran, el más alto susurró:

—¡Ni una palabra de esto a nadie! Si escucho que mencionas algo, la próxima vez no tendrás tanta suerte.

Las lágrimas seguían cayendo de mis ojos, mientras mi cuerpo caía lentamente al piso. Me tomé de las piernas y escondí el rostro entre ellas. Respiraba agitado. Los latidos de mi corazón estaban demasiado acelerados. Tardé sesenta minutos en recomponerme. No me importó perder la clase de álgebra que seguramente la profesora estaba impartiendo. Lo único que quería era salir y, si era posible, desaparecer.

Cuando sentí que estaba mejor, me levanté lentamente limpiando el rastro de mis lágrimas. Miré en uno de los espejos y pude observar lo rojo que estaban mis ojos. Me lavé el rostro varias veces e intenté tranquilizarme. Solo cuando estuve seguro de que no volvería a llorar salí y me dirigí hacia el salón. No había nadie cuando entré. Era el descanso. Pude respirar tranquilo... Dos horas más y podría salir de ese infierno, dos horas más y estaría a salvo.

Crucé el umbral de mi casa temblando. Mis padres no se encontraban. A esa hora solo estaba la señora que limpia la casa. Ella me recibió con una sonrisa; sin embargo, no pude devolvérsela. Aún estaba conmocionado. Me disculpé y subí casi corriendo. Esa noche no dormí.

Cada vez que cerraba los ojos las imágenes de lo que había ocurrido aparecían frente a mí. Esa fue la primera vez que esos chicos habían intentado abusar de mí. No se lo dije a nadie. Estaba aterrado y paralizado, sentía que nadie me creería si lo mencionaba en voz alta.

Las agresiones continuaron durante varias semanas. Aunque resistía, no sabía hasta cuándo lo haría. No habían vuelto a insinuar que abusarían de mí, pero no podía bajar la guardia, no podía confiar en su compasión, porque estaba claro que no la tenían.

A finales del año escolar recibí una amenaza: «Nos vemos el próximo año, prepárate». Una simple nota que dejaron encima de mi pupitre. Al leerlo un frío intenso recorrió mi espalda y al darme la vuelta, la mirada de mis abusadores se posó sobre mí. Sus ojos estaban encendidos de sed y estaba seguro de que el próximo año el infierno sería peor.

Así que, ese último día miré detenidamente a los tres, con el miedo aferrándose en cada partícula de mi cuerpo y el corazón palpitante. Los observé algunos minutos para convencerme de que no tendría escapatoria y de que esos tres serían mis verdugos hasta el último día de mi vida. Entonces decidí intentar ser un poco más inteligente, adelantarme a ellos e impedir que siguieran alimentándose de mi sufrimiento. Ese día elegí acabar con esa pesadilla, aunque conllevara que otras personas sufrieran por mi decisión.

Un día antes de navidad, me encerré en mi habitación y en una hoja de cuaderno escribí algunas

líneas. Era una despedida. Mientras escribía, una pistola 9 mm reposaba a mi lado y unas cuantas lágrimas estaban contenidas en mis ojos. Me había prohibido seguir llorando y así lo hice hasta terminar la carta. Cuando acabé, bajé las cortinas de la habitación, tomé el arma y me puse de pie frente a una foto familiar. La imagen era un buen recuerdo, uno de los pocos que había tenido. En la foto estaba ubicado en medio de mis padres con una enorme sonrisa. Ese había sido el día más feliz de mi vida, porque lo había pasado con ellos. Entonces, con un último suspiro y los ojos cerrados, tiré del gatillo.

Seguramente mis padres han de haber corrido a casa al enterarse de que su hijo se había quitado la vida. La señora Luisa ha de haber escuchado el disparo. Siempre había sido así, ella recorriendo y limpiando la casa, mis padres fuera, ya sea en el trabajo, en algún evento o simplemente divirtiéndose, y yo en mi habitación, viviendo en mi propio mundo, un mundo que poco a poco se había oscurecido.

La nota que dejé decía:

Papá, mamá: no se asusten por la decisión que tomé, no fue su culpa, yo elegí este final. Este último año en el colegio no lo pasé bien. Casi no tenía amigos, no me iba tan bien con las clases y unos chicos me hacían la vida imposible. No les conté nada porque no me animaba a decir en voz alta lo que eran capaces mis compañeros. La decisión de acabar con mi vida es responsabilidad mía y de nadie más. No vivan

atormentados por lo que hice. Espero que puedan superar mi muerte y continuar su vida como hasta ahora. Lamento hacerlos pasar por esta vergüenza, siento haber llegado hasta este extremo; sin embargo, no me arrepiento, no quiero vivir en el infierno, aunque es probable que ahora me dirija allí. Les confieso que lo que más me duele ahora es darme cuenta de que ambos no me habían incluido en su vida durante estos últimos años. Sé que su responsabilidad era la de velar por mi bienestar, que no me faltara nada, por eso vivían trabajando y casi no estaban en casa. No es un reproche; solo una observación. Me hubiese gustado decirles a la cara que no necesitaba todos esos juegos, esos aparatos electrónicos, ni la ropa de marca, ni entrar al mejor colegio, comer comida cara, nada de eso era importante para mí. Lo único que yo necesitaba y anhelaba con todas mis fuerzas era un poco de su atención, que estuvieran presentes en mi vida, quizás así se hubieran dado cuenta...

Los amo...





## MENCIÓN DE HONOR

# Ojos de universo

Eligio Daniel Sena Gayoso

**CORRÍAN LOS AÑOS SETENTA.** En un paraje lejano, a orillas del río Paraguay, vivía la China, hermosa, con cabellos largos y ojos color de universo, soportando las embestidas de la naturaleza y la escasez de trabajo. Casada con Peito, con nueve hijos, se dedicaba a la agricultura, la pesca y la caza.

Peito era talvez el más guapo del lugar, pero no era muy apegado al trabajo. Desaparecía semanas en busca de alguna changa o de caza. Como todo sobreviviente, cuando no tenía nada, siempre había alguna que otra ternera desprevenida que terminaba en la olla de hierro sobre el fuego, en la cocina de la China.

Cada nuevo amanecer era desolador y angustiante. Para colmo, la China enfermó, y Peito dejó pasar el tiempo. Las cosas empeoraron para la madre cuando el hijo mayor, que había culminado el servicio militar, recibió de un tío una oferta de trabajo como ayudante de tractorista, y partió al Chaco dejando atrás un sin fin de necesidades, solo fijándose en la quimera de un mejor porvenir.

Para los chicos todo era normal, sin embargo, cada día la China empeoraba. Algunos parientes llegaron en canoa con una mala noticia. Su cuñado había fallecido, dejando a una esposa con hijos menores. Necesitaba a un ayudante en el tambo. Peito ofreció al mayorcito, Kalí, de 16 años. Pronto, con la cruz a cuestas, partió con los parientes. La China expresó su desacuerdo y Peito desapareció del rancho.

Parecía que todo estaba mal cuando llegó diciembre y con él, Pablo. Volvía del cuartel, con uniforme de reservista, alegrando a la madre. Decidido, convenció a su mamá para buscar ayuda. Él se encargaría del rancho, de sus hermanitos, de la chacra y de los animales de corral.

La China tomó una decisión. Pablo tomaría las riendas, ya que contar con Peito era esperar que la lumbre de los cocuyos durara una noche. Decidió buscar refugio en los familiares. Distante a tres días en chalupa río abajo, vivían en un pueblo con más recursos. La China, con el Jesús en la boca, con perlas rodando en sus mejillas, emprendió viaje arrastrando la hojarasca de su lamento.

Al amanecer, sentada en el barranco, esperaba la lancha que la llevaría al destino. Rodeada de sus hijos, repartía los últimos abrazos y nacía mil plegarias a la vez. Estampada en medio del río, la barca emergía del horizonte. Con hondo suspiro y lágrimas, sintió cómo su corazón se partía. Se paró firme, sin mostrar flaqueza, y su negra cabellera al viento flotó como en-

cantada. Con sus trémulas manos la recogió en rodete y, sujetándola con una vieja peineta, dio pasos con dirección al puerto.

En el viejo muelle, un tablón como rampa, el marinero la tomó de la mano. Con un morral de anhelos auestas y con el último paso para abordar, le atajaba el lazo del amor que en el puerto quedaba amarrado a sus hijos. Se repuso a duras penas, giró lentamente, fijó su mirada con los ojos empañados hacia sus hijos y les dedicó la sonrisa de una madre hecha trizas por las desventuras pero que volvía en sí por una sola razón: el amor. El capitán Mendieta dio la bienvenida a bordo. Con un zumbido ensordecedor, la embarcación se alejó lentamente.

El mágico paisaje que adornaba la rivera pasaba frente a ella. En su mente, la estampa de esa despedida se hacía eterna. Con tristeza pero sin pesar, se acomodó. Era el camino correcto.

Mientras la lancha se perdía en un recodo del río, Pablo tomó a sus inconsolables hermanos para regresar al rancho que los esperaba a orillas del pirizal.

En su interior, la China sabía perfectamente que todo pasaba por algo. Consciente de su enfermedad y cada vez más lejos, se entregó por entero al todopoderoso y logró paz.

El vaivén mecedor de la chalana le recordaba cuando los hijos retozaban en su regazo. Al mediodía, en la sinuosidad ribereña, se dejaban entrever algunos ranchos de pescadores. En el último vado, donde

el río se ensanchaba, viniendo desde el norte, se podía contemplar el majestuoso Peñón en medio del río, eterno guardián de la Villa.

La lancha era aguardada por muchos, algunos para embarcar y otros para desembarcar. Aminoró su marcha, y una canoa tripulada por el viejo don Lobo se acercó por la borda. Lanzó un cabo al marinero para amarrarla. El intercambio de pasajeros se realizó con cuidado. La China embarcó la canoa que, a fuerza de remos, se dirigió a tierra. Era un bullicio infernal el puerto donde todo se encontraba, frutas, animales de corral, mosto, miel, queso, charque y todo cuanto se podía negociar. Finalmente encontró a sus hermanos. En un hondo abrazo perdido en el tiempo y el espacio se confundieron, entre risas y llantos.

Llegada la tarde, mientras la China relataba su odisea, cayó la noche. En un catre y a la luz de una lámpara de querosén, enjugaba sus lágrimas pensando en sus hijos. La noche se hizo interminable.

Al rayar el alba, la China entregó a Dios el día, sus hijos y preocupaciones. Después del apurado mate con un hermano, fueron al médico. Después de la inspección y de escuchar los síntomas, preparó un brebaje compuesto por hierbas medicinales. Se encomendó a su santo, pidió fe a la China y que tomara el jarabe en ayunas, por un tiempo.

La mejoría se notó rápidamente. Apenas recuperada, buscó trabajo como lavandera. Las personas notaron su predisposición. Consiguió más trabajo y

algunas donaciones para ella y sus hijos. Valiéndose de las encomiendas, envió ropa usada para los niños.

De Peito nada se sabía. La chacra se había vuelto la mejor del lugar gracias al esfuerzo de Pablo y sus hermanos.

En invierno, el apero de los caballos se volvía colchón o manta. Algunas noches heladas no podían dormir. Entonces Pablo alimentaba la fogata para calentar a los hermanos. Las gélidas mañanas no eran excusas para él. Soportaba las tempestades con firmeza, esperando ansioso el regreso de la madre. Ella, en cada amanecer, rezaba por sus hijos.

Las noches se hicieron más cortas y los días más cálidos. Era una nueva promesa de bienestar. Se llenaba de flores cada planta. Las mariposas y los coloridos colibríes bailoteaban. Pero la añoranza pesaba cada día. Habían pasado nueve meses difíciles. Sólo algunos garabatos de cartas llenas de amor y nostalgia habían llegado.

Diciembre llegó con aromas de flor de coco y la China consiguió un permiso. Días antes de Navidad viajó. La embarcación llegó. En canoa, en una cruzada, salió Pablo. La China apareció y los ojos del color del universo se inundaron, esta vez de felicidad.

Ya en el rancho se acomodaron con placidez. Carcajadas y bullicio festivo. Para completar, llegó Peito, como diciendo «es mi lugar». Le recibieron con alegría. A pesar de todo, era muy querido por sus hijos.

De noche, ante la pálida luz del candil, nacían mil anécdotas, algunas tristes pero llenas de amor, a

veces repetidas. Todos las oían hasta que se quedaban dormidos.

La noche buena llegó. En la penumbra, la familia compartía la cena. A las doce, entre los deseos de feliz Navidad la China hizo una promesa a sus hijos: «Algún día estaremos todos juntos bajo un mismo techo, en algún lugar lejos de la pobreza, porque Dios es grande y nunca olvida una familia unida». Esa promesa transmitió seguridad.

El año nuevo pasó raudamente.

Llegó el momento de volver, esa vez con un proyecto definido: asentarse en la Villa, conseguir un lote, montar el rancho y traer a sus hijos. Peito le daba igual. Esa despedida fue menos dolorosa. Había convencido a su hermano para llevar consigo a Andresa, una de sus hijas, para quedarse de niñera con una tía.

En la Villa, fue junto al intendente. Él le dijo que buscara un lote libre para asentarse. No encontró nada. Uno de sus hermanos accedió a su pedido; finalmente le daba permiso para traer a los demás hijos. Les envió una carta. Ellos recibieron la noticia y empezaron los preparativos para la mudanza.

El 26 de febrero, la lancha *Mitā Porā* arribó al puerto de la Villa. La canoa de don Lobo traía a los hijos Elisa, Augusta, Antoliana, Ramón y Daniel. Con un abrazo se encadenaron a la China. Todo era extraño para ellos. Nunca habían visto tantas personas juntas. Pablo se había quedado al cuidado del rancho.

Aunque no conseguía el lote, por lo menos estaba con sus hijos. Pasaban los días y la gentileza de la cuñada disminuía.

Cansados de los maltratos, decidieron mudarse a una casa abandonada. Escaseaba la comida, pero no se rindieron. Cuando apareció el dueño y los echó, una oscura noche partieron a otra casa abandonada.

Pablo también decidió dejar el rancho y buscó a su familia. A los pocos días encontró trabajo en el Chaco y se fue.

Ese escenario se repitió durante algún tiempo: amanecían en una de las tantas casas abandonadas hasta que aparecía el dueño y los echaba. Un día lluvioso, la China se resguardó frente a la oficina del intendente. Entonces, él le dio permiso para ocupar un lote en un barrio nuevo. Al día siguiente ya estaba con sus hijos verificando el sitio.

En busca de recursos, encontraron un pajonal de cortaderas que serviría de techo. Luego, faltaba todo. La opción era desmontar la vieja choza que habían dejado para traerla. Kalí, que se había reunido a su familia, se encargó de la tarea. Encontró la ayuda de su papá. Montaron una balsa, cargaron y se tiraron agua abajo.

Llegaron en tres días. Sin cansancio acarrearon los materiales. Levantaron doble lance, techo de paja, pared de palma y adobe, aberturas sin puertas ni ventanas. Era la casa soñada. Dejaron atrás definitivamente el rancho.



Mirando el nuevo hogar, la China morena de ojos color de universo dedicó una sonrisa en agradecimiento al Creador.

Y como siempre, Peito estaba ausente.

## MENCIÓN DE HONOR

### Paseo

Ricardo Nicolás Portillo Urunaga

**NO NOS VEÍAMOS** desde la vez que la besé ebrio y luego cobardemente disimulé que no había pasado nada. La encontré a la salida de un café céntrico. Al parecer, el encuentro nos tomó desprevenidos a ambos. Llevaba un pulóver negro de cuello alto. Se había cortado el cabello. Venía de visitar a algunas amigas y me animé a preguntarle si quería pasear de camino a su casa. Aceptó y sentí una vieja tranquilidad. El sol iba declinando sus fuerzas mientras cruzábamos la Plaza de los Héroeos. Conversar como si el tiempo y el pasado nunca hubiesen hecho de lo nuestro lo que era en ese momento. Tal vez porque nunca hablábamos de los hechos concretos de nuestras vidas, sino de los temas inherentes de ella y, por tanto, de los temas inherentes de otras vidas que a su vez otorgaban una sensación de atemporalidad a nuestros encuentros. Cada vez que la recuerdo, hay —no sé cómo explicarlo— una imagen o idea intacta en mi mente para cada momento. Es como releer un libro o volver a escuchar un disco. Sin embargo, nunca decíamos nada sobre esa sensación.

Hablar siempre implicaba deambular. La ciudad-pueblo que tanto criticábamos por la idealización de su pasado como cuna de la cultura y del arte era el camino que romantizábamos. Ella mencionó una película que había visto y me había fascinado.

—Cuando la vi, una escena me hizo cuestionar el significado de la infidelidad. Sus límites —dije, esquivando a las mercaderas en la calle.

—¿Qué escena?

—La protagonista ingresa por curiosidad y aburrimiento, o tal vez un deseo del que ella no es consciente, a una fiesta de bodas que ve mientras camina por la calle. Disimula que pertenece a la fiesta. Bebe y baila. Conoce a un hombre y coquetean. Ríen y bailan y hablan. Se vuelven sinceros. Bailan lentamente y en un momento paran para mirarse. Él fuma y sus labios se aproximan. Están tentados, pero no se besan. Él exhala el humo que es aspirado por ella. Aquí es donde me empecé a cuestionar —dije, mientras dejaba de fijar la mirada al camino para posarlos en ella. Nos encontramos ante la misma idea.

Continué:

—No se besan porque ambos están en pareja, pero tácitamente los dos autorizan el beso. Los dos lo desean genuinamente y, en consecuencia, sus cuerpos lo manifiestan de alguna manera. No se da de manera física, pero sí simbólica: los vasos comunicantes de sus humos.

Bajamos una pendiente asfaltada hasta llegar al parque *Ykua Pytã*. Nos sentamos cerca de la fuente.

—Ahora me doy cuenta de eso. Tiene sentido — rompió el silencio mirándome a los ojos e inclinando levemente su cuerpo hacia el mío—. Un beso puede significar un simple impulso. Un acto mecánico que realiza uno bajo cierta excitación, pero que en sí no representa un deseo profundo por el otro.

Sentí una nostálgica intimidad. Levanté la mirada para constatar si aún estaba mirándome. Sí. Intenté fijar mis ojos en los suyos. Nos acercamos. Fui consciente de nuestras respiraciones. Ella retrocedió.

—¿Cómo va todo con Andrés?

—Hoy saldremos a cenar.



## MENCIÓN DE HONOR

# Sargento

Alicia Raquel Sosa Garay

*A Jazmín, mi hija,  
coautora de este cuento.*

**TODAS LAS MAÑANAS**, Guardia y un perro mantenían una rivalidad punzante. Guardia no se llamaba Guardia, y el perro no tenía idea de que tenían una rivalidad, pero así era como todos los vecinos interpretaban la situación, a juzgar por la variada cantidad de insultos que el señor de mediana edad profería cada mañana como contestación a los incansables ladridos del can.

El verdadero nombre de Guardia era Jolvurt Dystert Bolkart, imposible de recordar para la mayoría de las personas, y como lo único que muchos sabían de él era que había trabajado algunos años como guardia de seguridad en un banco del centro, era más sencillo llamarlo por ese apodo. Jolvurt era un exsoldado *gringo*, retirado, herido en combate. Su herida —la pérdida del ojo derecho y múltiples cicatrices por todo el cuerpo— le había dado finalmente oportunidad de pasar una vida tranquila, pero cada día se repetía mentalmente que más paz le hubiera dado que se hubiera quedado sordo, no tuerto.

Nadie sabía de quién era el perro. Nadie lo había visto nunca. Y Jolvurt tampoco iba a pasar casa

por casa para preguntar quién era el desgraciado infeliz dueño de semejante cerbero en miniatura que lo atormentaba. Cada mañana, cuando regresaba de acompañar a su esposa al trabajo e intentaba volver a dormir, lo escuchaba ladrar. Ningún perro le seguía la corriente. Nadie lo mandaba a callar. Era un solo lastimero y persistente, que cedía algunas horas más tarde, cuando el hastiado hombre ya había desistido de cerrar los ojos.

Una mañana lluviosa, regresó más tarde de lo normal a la casa. Había estado en la clínica esperando que la lluvia amainara. Hasta se compró un sándwich, pero no cesaba y no quería perderse un programa policial matutino, así que decidió salir de todos modos, comida en mano. Iba girando la cuadra antes de su casa, cuando el infame canto de cada mañana empezó, bastante cerca de él.

—Ese perro de mierda...

Siguió los ladridos con prisa, haciendo caso omiso a la lluvia que ya se filtraba bajo su chaqueta de jean. Tras algunas vueltas, finalmente encontró de dónde venía el sonido. Era una casa que a todas luces estaba descuidada y prácticamente abandonada. El ladrido cesó de la nada, pero eso no lo detuvo. Rodeó el terreno que daba a la calle y, en una esquina donde el tejido estaba removido, bajo un montón de tablas y chapas que hacían de intento fallido de refugio, había un perro escondido. Si bien había dejado de ladrar y había empezado a gimotear, era inconfundible. Jol-

vurt podría reconocer ese tono entre otros cien perros. Acercándose más al alambrado, vio un plástico recortado burdamente como plato, vacío, y un par de huesos totalmente blancos tirados en el barro sobre el cual el perro estaba hecho un ovillo amenazante, gruñendo. Suspiró y pasó una mano por su cabello empapado, mientras encajaba lentamente las piezas del misterio en su cabeza.

—La gente de aquí se mudó hace casi una semana —murmuró, recordando haber visto un precario camión de flete pasar frente a su casa a la siesta—. Y ese es el tiempo en que los ladridos han sido más desesperados que antes... Eso quiere decir que tú...

El perro no le contestó, pero su mirada apagada fue un sí silencioso que caló a través de sus huesos más profundo que el frío de la lluvia.

Ignorando la rabia contenida que le exigía a gritos ir a masacrar a los responsables de abandonar al pobre animal, sacó una bolsita de su chaqueta y bajó lentamente al suelo lo que quedaba del sándwich, colocándolo justo frente al hueco del tejido, donde sabía que podría alcanzarlo.

Se agachó para mirarlo mejor, arrodillándose para demostrar que no era una amenaza. El perro finalmente se levantó con un tintineo de cadenas, temeroso quizás de sus malas experiencias pasadas. Sucio y esquelético, empapado del agua que sin percance había atravesado su estropeado refugio. Cruzando su ojo derecho, llevaba una larga cicatriz que se veía bas-



tante vieja; el globo ocular estaba grisáceo, sin vida. Se abalanzó contra la ofrenda y la devoró en segundos.

Al verlo, el viejo veterano sonrió. Su único ojo brilló con entusiasmo, y una idea cruzó por su mente.

—Vamos, Sargento —lo llamó, orgulloso como si acabase de nombrar a su primogénito.

—Tal vez si te dejo descansar, me dejarás descansar a mí. Ya veremos qué decirle a Helena cuando regrese.

El perro meneó la cola débilmente, acercándose a él lo más que pudo. Sin jadear siquiera, Jolvurt solo necesitó un par de tirones, y la vieja madera a la que estaba atada la cadena cedió con un crujido. Cargó en brazos al perro como a una criatura, cadena incluida, y emprendieron el camino a casa, mientras la lluvia empezaba a amainar.

La larga contienda había terminado para ambos.

## MENCIÓN DE HONOR

# Una llave adentro

Alicia María Eva Riquelme Crosa

—**¿POR QUÉ TENÉS UNA COPIA** de la llave del auto dentro del auto? —se burla Martina. La miro e intento acomodar los músculos de mi rostro para lograr una sonrisa. La luz verde se refleja en el capó, acomodo los pies y acelero. Debo volver antes de las siete.

Dejo a Martina en su casa y elijo una canción para amortiguar la sensación de vacío que provoca ser parte del estancamiento de autos a esas horas. El solo de un saxofón acaricia la pesadez de mis pensamientos. Siento sus formas en la cabeza. Intentan encajar en un Tetris lleno de espacios incompletos.

*Será que ya llegó y me está esperando en la mesa de la cocina sin nada qué comer y yo siempre tarde ya no llego a tiempo para pasar por el supermercado*

Luz roja de nuevo. ¿Alguna vez lograrán sincronizar los semáforos?, digo golpeando el volante con ambas manos. Miro el celular: varios mensajes sin leer, algunos de Cristóbal. Debo apresurarme. Me gustaría que la bandera blanca se mantenga izada esta noche. Avanzo nuevamente.

*Debería haber cocinado algo antes de salir y así podría estar más tranquila ahora aunque realmente no es mi responsabilidad alimentar a Cristóbal con sus 35 años y es que lo amo tanto que quiero que coma bien y no se pase engullendo panchos y hamburguesas*

Otro solo, esta vez de batería, invade mi mente algunos segundos. Adoro esta sensación. Giro la perilla y cierro los vidrios para potenciarla. Llega a su cumbre cuando acelero y, casi en sincronía, se enciende la luz de sobrecalentamiento en el tablero.

*Ay no no no no puede ser que se haya vuelto a encender el barquito este lo odio tanto por qué no verifiqué el agua antes de salir si ya me lo había dicho Cristóbal incluso burlándose de que no lo haría pero la puta madre*

Piso el pedal del acelerador, consciente de estar exigiendo de más al motor. Giro en una calle empedrada poco concurrida y estaciono. No puedo esperar a que se enfríe. Dejo el celular. Camino hasta una parada de colectivo. Entrecierro los ojos en un vano intento de anular mi miopía y divisar el número del bus antes de que esté tan cerca.

Subo las escaleras, paso el dinero y espero el vuelto. Percibo algunas miradas e intento ignorarlas, pero a la vez estoy alerta. Doy algunos pasos sobre el piso de me-

tal. Tomo asiento en uno de los bancos de la fila izquierda. La ventanilla es ahora mi pantalla gigante. Veo pasar los cuadros de dejadez capitalina en un *zapping* acelerado y violento. Me peino una ceja y luego la otra, lo hago con frecuencia, aunque no siempre soy consciente de ello. Lo percibo como un hallazgo personal pero evito llevar hacia ahí mis pensamientos. Esos fugaces instantes de conciencia me llevan hacia las sombrías verdades mal posicionadas en mi Tetris mental.

Agarro el celular, lo ubico en un ángulo que considero seguro para no ser la primera opción si aparece un ladrón. Desbloqueo la pantalla mientras pienso en su demostrada resistencia: tuvo tantos golpes y, aunque un poco roto, sigue funcionando. Abro una de las redes virtuales y deslizo el dedo. Anuncios, fotos impostadas, anuncios, noticias, recuerdos, anuncios... una palabra capta mi atención y decido leer la publicación de una mujer que no conozco. El ómnibus pasa sobre un bache y todos los pasajeros damos un salto. Por mi ventana abierta entran gotas de agua estancada. Me salpican la cara. Me seco con las manos. Me peino una ceja y luego la otra. Acomodo el teléfono y sigo con la lectura. No comprendo por qué está el nombre de Cristóbal ahí. La foto que acompaña el texto elimina toda posibilidad de duda: definitivamente habla de él.

«No suelo hacer este tipo de publicaciones, pero Cristóbal De La Fuente es un asqueroso manipulador y violento con las mujeres y estoy harta de que siga su vida como si nada»

Leo, releo, entro en el perfil de la mujer. Observo sus fotos una por una, pero no la reconozco. Las piezas de mi Tetris se mueven sin parar. Miro fijamente el aparato sin moverme.

*Bueno y seguro es una de sus ex de las que nunca me quiso hablar convencido de que nuestras vidas pasadas no importaban porque a partir de conocernos iniciaba nuestra vida de verdad y lo único que sé de sus anteriores relaciones es que todas estaban locas y yo sé que soy diferente porque no soy como las demás mujeres claro que no si nuestra relación es diferente porque yo soy diferente y él no es conmigo como era con las otras por eso luego terminaron y por eso me eligió a mí y qué gua' u se creen para andar publicando esas cosas sin pruebas y es que son esas las acciones que me molestan del feminismo y seguro las otras chicas no sabían ni lo que querían y por eso él se comportaba mal con ellas y quién sabe qué le habrá hecho esta chica para llegar a eso pobrecito qué mucho sufrió y yo acá pensando cosas malas de él en vez de agradecer todo lo que me da el amor de mi vida que encima es tan tierno y tan bueno en la cama y me encanta su forma de ver la vida siempre tan positivamente*

El chofer atropella otro bache sin frenar. Volvemos a rebotar en el asiento. Miro la hora. Se me ocurre comprar empanadas del copetín de la esquina para

cenar. No es muy saludable pero Cristóbal me espera con hambre. ¿Será que vio la publicación? ¿Qué pasaría si se lo digo? Veo la ferretería que suelo usar de referencia para explicar cómo llegar a mi casa. Me levanto y aprieto el botón. No suena. «¡Parada, amigo!», grito. Me bajo saboreando de antemano la clásica receta de doña Mami.

El portón emite un sonido al abrirse, como de un maullido. Entro repitiendo internamente mi discurso sobre todo lo que pasó para explicar a Cristóbal el porqué de mi tardanza. Crujen algunas hojas secas que piso al cruzar el jardín. Siento la tensión en el pecho cuando mi mano hace contacto con la curvatura de la manija fría. Debería poder estar tranquila, me digo. Haber formulado una oración con tres verbos seguidos me deja una sensación aún más incómoda. Creo que lo hago con frecuencia. Cristóbal me recibe con un abrazo. Qué tonta fui para dudar de esta persona tan maravillosa. Siento sus labios en el cuello y su nariz en la nuca.

—Tenés un olor raro... ¿Qué onda pio?

—Sí, bebé, es que vine en colectivo porque el auto...

—No vayas a creer que yo soy imbécil... Ese es olor a perfume de tipo. ¿Dónde carajo estabas?

Con esa pregunta entiendo que es una causa perdida. Mis pensamientos toman un camino; mis palabras, otro. Sigo dando explicaciones, cada vez más detalladas: horas, calles, pruebas, salen de mi boca automatizadas. Me sobresalta el sonido abrupto de un

objeto que choca contra el suelo. Salgo del trance, me incorporo y comprendo que se trata de mi celular. Lo tiró Cristóbal a propósito. No era si qué tan resistente la pantalla, pienso en un tonto intento de sosiego.

La escena se hace más nítida. Noto sangre en mis labios. ¿Cómo mierda pasó esto? La mirada de Cristóbal está encendida, siento que me quema. Veo los nudillos ensangrentados acercarse... Reaccioná, boluda, qué te pasa, ¡movete! Corro. Agarro el teléfono roto. Voy al baño y cierro la puerta con llave. No logro ver casi nada, pero el celular funciona. Marco el número de Martina de memoria.

—Boluda, ayudame, Cristóbal me va a matar, dejé el auto sobre la calle *Corral Kue*, rompé nomás el vidrio, hay una llave adentro, tenés que cargarle...

Logra entrar Cristóbal y se escuchan sus gritos en la llamada. Me saca el celular y lo tira al inodoro. Se burla de mí por haber llamado a Martina en vez de al 911. Me defiende con las uñas, con los dientes, con los pies. Le tiro una botella de champú. Me agarra de ambos brazos y me empuja tan fuerte que choco contra la pared y caigo al suelo. Me quedo sentada. Lo veo venir. Mi cuerpo no responde.

Intento recordar aquel solo de saxofón que siempre me transporta, pero ya no es posible huir de la realidad. Pobre Martina, con lo que se va a encontrar. Siento cómo mi Tetris mental queda sin espacio. Recuerdo ese instante en que me peiné las cejas, deseaba hacerlo ahora, pero no puedo mover los brazos.

**EDICIÓN DE 2023**





## **Veredicto del jurado del Concurso Surgente de Cuentos 2023**

A los 2 días del mes de noviembre de 2023, siendo las 16 horas, se reúnen virtualmente los miembros del jurado Sebastian Ocampos (escritor y editor, desde Asunción), Soraya Cristaldo de Rojas (escritora y gestora cultural, desde Villarrica) y José Bueno Villafañe (narrador y crítico, desde Asunción) para deliberar sobre los cuentos finalistas de los veintiséis cuentos concursantes en la Categoría Mayores y los diez cuentos concursantes en la Categoría Menores, conforme a las bases y condiciones del Concurso Surgente de Cuentos, edición del año 2023, organizado por Coopeduc Ltda.

Acabadas las deliberaciones, el jurado resuelve otorgar por decisión unánime, en la Categoría Mayores:

1. El primer premio al cuento «Juguete», firmado con el seudónimo de Hechakuaa, por narrar con símbolos precisos y lenguaje sencillo, acorde a los niños protagonistas, la presunción, el deseo, la vergüenza, la envidia, el resentimiento y la violencia que provoca la desigualdad de clase, convirtiendo una amistad en enemistad.
2. El segundo premio al cuento «Una noche por los pasillos del IPS», firmado con el seudónimo de Gala,

por contar de manera directa, clara y sentida la impotencia de un joven en medio de un drama realista que muchos paraguayos experimentan ante la ausencia de un Estado social de derechos que garantice la vida.

3. El tercer premio al cuento «¿Un cuento?», firmado con el seudónimo de Mariposa Azul, por narrar una historia difícil de catalogar —quizás una denuncia, una crónica social, una interrogación como dice el título— con sencillez, crudeza y contundencia para que no se tenga ocasión de mirar hacia otro lado.

En la Categoría Menores:

1. El primer premio al cuento «Mamá *pohéi*», firmado con el seudónimo de Lulú, por narrar con sensibilidad la historia de un hombre que recuerda a su madre y que cuenta cómo ella mantuvo a la familia —cuando el padre los abandonó— y cómo enfermó de manera terminal, un trauma latente hasta el final de los días del narrador.

2. El segundo premio al cuento «Solo un viejo», firmado con el seudónimo de Car Ma, por contar con sugerentes escenarios y buen suspenso la historia de un niño cuyo rasgo más destacado es la curiosidad; una fantasía en la que los muchos años se rinden ante la inocencia de la infancia.

3. El tercer premio al cuento «El gato de la luna», firmado con el seudónimo de León, por contar con empatía y sobriedad la historia de una víctima de maltrato cotidiano, en la que confluyen la conciencia animal, la confrontación de las supersticiones y la búsqueda de vínculos genuinos.

El jurado también reconoce con menciones de honor los siguientes cuentos de la Categoría Menores para publicarlos en el libro del Concurso, sin orden de prelación:

«Un recuerdo inolvidable», firmado con el seudónimo de Araceli.

«El tesoro de Yvoty», firmado con el seudónimo de Jose Jose.

El jurado felicita a Coopeduc Ltda. por organizar por segundo año consecutivo este importante Concurso de Cuentos, una necesaria y valiosa inversión cultural para fomentar la lectura y la escritura tanto en el departamento del Guairá como en el resto del país, y agradece que haya confiado en su labor intelectual.

**Sebastian Ocampos**  
**Soraya Cristaldo de Rojas**  
**José Bueno Villafañe**



# Acta de Coopeduc

En la ciudad de Villarrica del Espíritu Santo, República del Paraguay, a los diecisiete días del mes de noviembre del año dos mil veintitrés, ante nosotros: ALBA ELIZABETH CORVALÁN DE BOGADO, con cédula de identidad civil número 908.404, gerente social; HILDA CENA DE SILGUERO, con cédula de identidad civil número 951.569, Jefa del Departamento Social; y CLARA FRANCISCA CABRERA MEAURIO, con cédula de identidad civil número 3.474.557, Encargada del Área de Educación, se realiza la apertura de los archivos que contienen los datos personales de los concursantes ganadores del segundo Concurso Surgente de Cuentos, edición del año 2023. Conforme al veredicto del jurado, los títulos premiados son los siguientes:

## **CATEGORÍA MAYORES:**

- 1.- «JUGUETE», seudónimo «Hechakuaa», nombres y apellidos: Ricardo Nicolás Portillo Urunaga.
- 2.- «UNA NOCHE POR LOS PASILLOS DE IPS», seudónimo «Gala», nombre y apellidos: Diana Castellano Duarte.
- 3.- «UN CUENTO», seudónimo «Mariposa Azul», nombres y apellidos: Pura Limpia Cuyet Gómez.

## CATEGORÍA MENORES:

- 1.- «MAMÁ POHEI», seudónimo «Lulú», nombre y apellido: Fabiola Luján Vergara.
- 2.- «SOLO UN VIEJO», seudónimo «Car Ma», nombres y apellidos: Carlos Miguel Maidana Bruno.
- 3.- «EL GATO DE LA LUNA», seudónimo «León», nombres y apellidos: Camila María Villalba León.

El jurado también resuelve reconocer con menciones de honor los siguientes cuentos de la Categoría Menores para publicarlos en el libro del Concurso, sin orden de prelación:

- «UN RECUERDO INOLVIDABLE», seudónimo «Aracelli», nombres y apellidos: Lía Aracelli Acosta Barrios.
- «YVOTY», seudónimo «José José», nombres y apellidos: José Ariel Gamarra Figueredo.

Así damos por concluida la apertura del archivo y la verificación de los datos correspondientes a los premiados en el mencionado Concurso, ratificando el contenido y manifestando nuestra conformidad y aceptación, firmando la presente acta.

**FIRMAN: ALBA ELIZABETH CORVALÁN DE BOGADO,  
HILDA CENA DE SILGUERO Y CLARA FRANCISCA  
CABRERA MEAURIO.**

## Juguete

Ricardo Nicolás Portillo Urunaga

**CUANDO SILVESTER LLEGÓ** a la casa de su primo Daniel, como hacía los sábados de por medio, vio un juguete nuevo: un rifle de madera. Daniel estaba con una pose de combate, disparando a enemigos en rededor. Entonces, Silverter saludó rápidamente al tío Miguel, se zafó del brazo de su padre y atravesó el portón corriendo. El primo le mostró el juguete: cortado, lijado, pintado y barnizado por un carpintero. Una imitación lo suficientemente fiel como para despertar fascinación y deseo.

—¡Guau! ¡Como el del jueguito de mi compañero! —dijo Silvester, mientras apuntaba el juguete y lo apoyaba en el hombro.

—¡Sí, viste! Mi papá me lo regaló ayer por sacar todo cinco en mi libreta.

—¡Qué purete! *Vamo* a jugar a la guerra. Yo voy a usar el rifle.

—Mmm, yo quiero usarlo. Mi rifle es. No quiero usar la pistola.

—Dale *na*, vos *co* podés usar todo el día después.

—Bueno.



En su casa, Silvester volcó y vació una caja de juguetes y se puso a mirar entre ellos algo que pudiese parecerse al rifle del primo. Autitos de plástico de todos los tamaños, con o sin rueditas y/o puertas; *barbies* sin extremidades; tembleques; bloques de construcción; palita de arena; pistolitas de agua; billetes sueltos del Banquero; espantasuegra de algún cumpleaños; pelotas desinfladas... Miró el pedazo de madera que usaba como ametralladora y lo arrojó al patio. Su perro hipnóticamente corrió y se lo devolvió. Silvester, enojado, tiró la ametralladora al baldío y entró en la casa con un portazo.

—Papá, comprame un rifle.

—¿Para qué querés si tenés otros juguetes? ¿Y tu pistolita?

—*Masiado* feo ya es. Yo quiero un rifle como el de Dani, papá —lloriqueó Silvester.

—No, hijo. No podemos comprarte...

—Papááá... Por favoor.

—Si querés, podemos hacer uno.

—¿Hacer?

—Y hay un trozo de madera vieja en el depósito. Tengo clavos, martillo y serrucho. Vamos a comprar lija y pintura.

El rostro de Silvester se resplandeció.

—¡Sí! —dijo mientras saltaba para abrazar a su padre.

De noche, Silvester se acostó ansioso esperando el día siguiente.

Comenzaron. El hijo dibujó con papel y lápiz el di-

seño que quería, intentando imitar lo mejor que podía la forma del rifle de Daniel. El padre puso los materiales sobre la mesa. Limpió la madera sucia reciclada que había encontrado, midió, marcó, cortó y lijó.

Silvester seguía el proceso paso a paso; a veces cortaba o medía como se lo había indicado el padre. ¡Un rifle como el del primo, hecho por él mismo! Pero cuando las piezas se ponían una al lado de la otra, la forma no coincidía con la del boceto. Aún así, el hijo confiaba en el padre y estaba feliz al imaginar cómo sería su vida cuando el rifle estuviese terminado. Qué haría. Con quién jugaría. A qué personaje de película o videojuego imitaría. Cómo lo verían sus otros amigos. Qué le dirían. Se imaginaba siendo el más popular entre sus primos y amigos. Se veía a sí mismo como el protagonista de una épica. Él y su nuevo rifle al lado. El ruido del martillo golpeando los clavos lo trajo de nuevo a la realidad. El padre sostenía cuidadosamente los pedazos de madera y golpeaba desde varios ángulos para dar la dirección correcta a los clavos. En ese momento, Silvester se percató de que las formas del rifle no eran puntiagudas ni geométricas como la escopeta del primo Daniel.

—¿Por qué es así? —dijo con los ojos muy abiertos.

—Y así *mante* se puede hacer. No va a salir perfecto, pero va a andar ya. Después de pintar vas a ver que va a quedar más lindo.

Silvester no quiso perder la ilusión. Se puso a pensar en cómo pintaría el juguete. Le gustaba mucho el

color del rifle del primo Daniel, pero sintió que tenía que darle un diseño diferente, un naranja brillante con negro y tres rayas horizontales. De la pintura se encargó exclusivamente él bajo la mirada del padre.

Al finalizar, vio la obra con decepción y escepticismo. ¿Esto era lo que había imaginado? ¿Con esto sería el protagonista entre sus amigos? Miró al padre exhausto esperando la reacción del hijo ante el trabajo. El hijo sonrió y simuló estar contento. El padre entró en la casa y él se quedó mirando largo rato el juguete nuevo intentando convencerse de que era lo que quería de verdad.

Los días pasaron y Silvester se acostumbró al rifle de madera nuevo. Al fin y al cabo, toda la acción ocurría en su imaginación y él y su padre habían trabajado mucho para hacerlo. Lo apreciaba, pero usarlo todavía le generaba una sensación extraña.

Llegó un nuevo sábado y le tocaba al primo Daniel visitarlo. Claramente, con su rifle. Silvester lo recibió y lo condujo a una especie de altar, un lugar reservado dentro de su pieza, donde colocaba sus cosas de mayor estima. Ahí reposaba el rifle de madera nuevo. La reacción del primo no fue de asombro ni fascinación. Más bien, de confusión y disimulo. Silvester, expectante, captó su impresión al instante.

Empezaron a jugar. Cada uno se disputaba el protagonismo. Silvester lo miraba moverse con el rifle por el patio, ágil y elegante, y se miraba a sí mismo torpe, incómodo, desproporcionado. La madera mal

lijada y pintada le rasgaba la piel de la mano y hasta le astillaba. Simulaban una intensa acción. En un momento, ambos se volvieron enemigos mortales. Imaginaban tan intensamente al otro como adversario que si hubieran tenido armas y balas reales, no hubieran dudado en gatillar. Terminaron exhaustos.

El primo Daniel fue al baño y dejó el rifle de madera. Entonces a Silvester se le ocurrió tomarlo y ponerlo sobre la mesa de carpintería en donde habían engendrado el rifle marginal. Buscó el serrucho y comenzó a cortarlo. En pocos segundos el rifle del primo se vio partido por la mitad.

Silvester se asustó ante la conciencia de lo que había acabado de hacer. Intentó esconder lo que ahora eran dos piezas de madera, pero Daniel lo descubrió in fraganti. Atónito, se quedó algunos segundos quieto hasta que se abalanzó sobre Silverter, gritándole. Por primera vez lucharon de manera real.

La madre de Silvester se presentó en pocos minutos y los separó entre gritos. El primo Daniel lloraba mientras acusaba al que había cortado su juguete. La madre vociferó contra el hijo que se había puesto a llorar hondamente, un llanto que parecía haberse estado acumulando desde hacía tiempo.

Luego, no volvieron a jugar juntos.



## Una noche por los pasillos del IPS

Diana Guadalupe Castellano Duarte

**MIS PIES SE MOVÍAN A PRISA.** Los rostros borrosos de las personas aparecían uno tras otro mientras seguía el camino hasta la farmacia. Demasiadas cosas rondaban mi mente. Hasta el punto de marearme. Todo era caos dentro de mí. Tanto en mi mente como mi cuerpo. Sentía la sangre fluir más rápido. Y una mezcla de frío y calor subía desde mi estómago, provocándome arcadas. Poco a poco todo mi cuerpo fue sucumbiendo al miedo. El pánico me abrazó como un tigre hambriento a su presa. La incertidumbre barrió sobre mí y mis sentidos dejaron de funcionar correctamente. Pronto me sofoqué. No podía respirar. Tuve que detenerme en medio del amplio pasillo. Estampé mis manos por la pared y escondí mi cabeza en medio. Las lágrimas amenazaban con salir. Sorbí fuertemente. No podía. Cerré los ojos con fuerza y respiré pausadamente. Cuando logré calmarme volví a andar. Llegué a la ventanilla de la farmacia y le entregué a la funcionaria que atendía la receta. Ella miró cuidadosamente la lista. Movié la cabeza negando. Ese gesto me indicó que muchos de los medicamentos que necesitaba

no estaban disponibles. ¡Maldición! No, esto, ahora. Mi pulso volvió a acelerarse. Maldito país. Malditos políticos corruptos. La ira calentó mi cabeza.

—Mmm... Voy a marcarte en una cruz los medicamentos que vas a tener que comprar —dijo con un tono indiferente.

No dije nada. Con toda la fuerza que me quedaba mantuve el silencio. Recé al Dios de mamá internamente, para que al menos me dieran la mitad de lo que había en la lista. Sentí cómo mi corazón se hundía mientras la funcionaria tachaba casi toda la lista. Esperé que terminara. Cuando lo hizo, me devolvió la receta.

—Solo disponemos de tres medicamentos de tu lista —Me mordí la lengua. Hasta el punto de creer que la cortaría en pedazos—. Cruzando la calle vas a encontrar el resto. Pero te advierto que te va a salir bastante caro. La mayoría de los medicamentos que te piden sobrepasa el valor de trescientos mil.

Con un nudo en la garganta y la ira viajando por todo mi cuerpo, tomé los medicamentos que me dio y asentí levemente con la cabeza. Di media vuelta y salí por una puerta que daba al patio. La noche se hallaba en su apogeo.

Llegué hasta un árbol y sin poder aguantar más, las lágrimas salieron de mis ojos. Caí de rodillas, rendido. Sin esperanza. Quise gritar hasta desgarrarme la garganta. Sin embargo, no emití ningún sonido. Mis cuerdas vocales no respondieron. Me tomé la cabeza

y la estampé varias veces contra el tronco del árbol para ver si así despertaba de esta pesadilla. Solo paré cuando escuché vibrar el celular. Lo saqué apresurado. La pantalla brilló y la palabra «mamá» me puso en alerta. Me puse de pie en un salto y corrí. ¡Por favor, Dios, por favor!, seguí suplicando internamente. Era probable que él no me escuchara, pues era la primera vez en mucho tiempo que me dirigía a él. Casi toda mi vida había estado alejado de la religión. No había sido devoto de nada. En esas circunstancias, en cambio, no dudé un segundo en pedir ayuda a cualquier entidad divina que pudiera escucharme.

Llegué a la sala de urgencias. Al cruzar la puerta noté cómo las enfermeras se apresuraban hacia la cama donde estaba mi viejo. Un sentimiento indescifrable se apoderó de mí. Sentí escalofríos y mi cuerpo tembló levemente. Quise avanzar y ver por mí mismo lo que ocurría, pero mis pies se clavaron justo en la puerta. A metros de mí, cerca de la cama donde los doctores intentaban reanimar a mi papá, mi mamá se había puesto de rodillas y rezaba sin cesar, con un viejo rosario en la mano. Su voz resonaba entre los murmullos de la gente. Las enfermeras la intentaron levantar, pero ella forcejeó y plantó sus enfermas rodillas en el frío piso. Salí de mi ensimismamiento y me aproximé a ella. Puse una mano sobre su hombro. No la sorprendió. Es más, la hizo rezar con más ímpetu. En cada palabra su voz se quebraba y pude sentir cómo su cuerpo temblaba. Mis ojos se nublaron. Las lágrimas que se habían secado



amenazaban con volver a salir. Tragué saliva y respiré hondo. Uno de los dos debía permanecer fuerte. Mi viejo nos necesitaba. No podía derrumbarme yo también.

—Doctor, no tiene signos. Ya pasaron dos minutos desde que entró en paro.

Mis dedos apretaron ligeramente la espalda de mamá. Cuando me di cuenta la solté de inmediato. Mis nervios pendían de un hilo.

—Traigan el desfibrilador. Rápido.

Un doctor de aspecto cansado se abrió camino entre las enfermeras y con una pequeña linterna levantó los párpados de mi viejo. Chistó, negando. No sé cuánto tiempo estuvieron intentando reanimarlo. Todos los demás pacientes que estaban en esa sala se mantuvieron en silencio. Así como sus familiares. Las enfermeras iban y venían. Cuando perdí toda esperanza, cuando pensé que mi mundo se venía abajo, de pronto escuchamos el sonido del pulso en la máquina. Limpié mis manos sudorosas en la parte trasera de mi *short* y sin pensarlo me acerqué al doctor.

—¿Eres familiar del paciente? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Sí, doctor —dije con la voz ahogada y carraspeé—. ¿Cómo está mi papá?

—Necesita ingresar urgentemente a la UTI. Si no lo hace dentro de dos horas, puede volver a tener un paro. Y ese podría ser mortal.

—¿Cómo carajos me dice eso? ¿Cómo demonios voy a conseguir una cama para él en la UTI, si todas

están ocupadas? No hay ni una sola cama vacía en todo el maldito país...

Una oleada de furia me recorrió el cuerpo entero, acelerándome la respiración. El doctor no se inmutó y me miró un momento antes de volver a hablar.

—Muchacho, entiendo cómo te sientes. Pero no está en mis manos conseguir una cama. Tu padre no es el único que necesita una. ¿Ves a todos los que están a tu alrededor? Muchos de ellos también necesitan con urgencia entrar a la UTI. Esta es la realidad y con gritarle a un doctor no vas conseguir nada. Más vale comportarte —dijo, dio un último vistazo a mi viejo y se marchó.

Estaba seguro de que la vena de mi cuello estaba a segundos de explotar. Apreté los puños y pateé el piso con rabia. Maldita pobreza, maldito sistema de salud que no sirve para nada. De pronto volví a la realidad y escuché los murmullos de la gente. Estaba por gritar a todo el mundo que se metiera en sus asuntos cuando mi mamá me tocó el hombro, tranquilizándome de inmediato. Ahí en medio del amplio pasillo, mis piernas perdieron su fuerza y caí en brazos de mamá. Ella se hincó conmigo, fundiéndome en un abrazo, con una mano me palmeó la espalda. Mis lágrimas corrieron con la fuerza de un río después de un largo día de lluvia. Escondí mi rostro en su pecho y lloré como cuando era un niño.

Permanecí así durante algunos minutos y cuando sentí que ya era suficiente, me sequé las lágrimas

y me levanté lentamente, ayudando a mamá de paso. Ella no dijo una sola palabra. Pero la tristeza en sus cristalinos ojos era desesperante. No imaginaba la impotencia que ella debía haber estado sintiendo. Sola, sin nadie en quien apoyarse más que en su inmaduro hijo adolescente. Lastimosamente, no había ningún pariente que pudiera brindarnos la mano en ese momento. Estábamos solos.

Sintiendo un vacío en el estómago, tomé de nuevo la lista de medicamentos y me dispuse a salir a comprarlos. Con un pequeño toque, avisé a mamá que saldría. Ella asintió y con su rosario en la mano siguió rezando.

Salí del enorme edificio y crucé la calle. Llegué rápido a la farmacia. Uno de los trabajadores me saludó y le entregué la receta. Mientras él buscaba los medicamentos toqué mi bolsillo trasero y con la mano temblorosa saqué la vieja billetera de papá, con un pesar en el pecho. El trabajador regresó con varios medicamentos, pero solo pude comprar tres con el dinero que tenía.

Caminé perdido en mis pensamientos hasta llegar de nuevo a esa habitación blanca llena de desesperanza. Mis ojos se abrieron con sorpresa cuando llegué hasta la cama donde estaba mi papá y lo vi despierto. Su rostro estaba blanco. Sus ojos se veían cansados pero una pequeña sonrisa se asomaba en sus labios. Mi corazón dio un vuelco cuando pude apreciar después de mucho la expresión amable de mi viejo. Dejé la bolsa de medicamentos sobre una vieja silla de plás-

tico y me acerqué a ellos. Mamá estaba parada al lado de la cama, sosteniendo con fuerza la mano de papá. Cuando ella notó mi presencia secó una lágrima que iba deslizándose en su mejilla y sin poder mirarme a la cara salió a toda prisa de la habitación. Quise saber por qué se iba, pero no fui detrás de ella. Que mi viejo estuviera despierto me dio un poco de esperanza. También mejoró mi humor.

—¡Oye, despertaste! —dije, acercándome a la cama y forzando una sonrisa.

Mi viejo simplemente sonrió e indicó que me acercara con un gesto.

—Hijo... —su voz sonaba muy baja—. Necesito hablar contigo. Siéntate. Mi muchacho. Me temo que esta podría ser nuestra última charla. Ya hablé con tu mamá. Ella... realmente no quiere ver la realidad, pero... siento que ya no puedo seguir. Siento que... que hasta aquí llegué. Espero que tú... Manuel... hijo querido, cuides a tu madre en mi nombre. Realmente siento tanto no poder seguir haciéndolo yo... Perdóname por abandonarlos. Perdóname por dejarlos solos. Pero para mí... ya es suficiente. Ya no puedo seguir... ya no tengo fuerzas, ya no me quedan ganas de seguir luchando. Por favor... no me odies por dejarte.

—Viejo... no hagas esto —mi voz salió ahogada.

—Lo siento, hijo. Por favor, cuida a tu mamá.

Mis manos temblaron cuando dijo la última frase. Lo dijo con tanta tristeza que me destrozó por completo.

Volvió a cerrar los ojos y no dijo nada más.

Permanecí a su lado, sosteniendo su mano, con un nudo en la garganta, queriendo destruir el mundo con mis propias manos. Me sentí tan impotente por no poder decirle nada que pudiera consolarlo. Así, con mi cuerpo entumecido y mi corazón hecho pedazos, de nuevo entró en paro. Y como dijo el doctor, ese fue mortal.

## ¿Un cuento?

Pura Limpia Cuyer Gómez

**ES UNA NOCHE FEBRIL DE VERANO**, el cielo luce su azul infinito cubierto de estrellas, la luna coqueta pasea orgullosa y su etérea figura se diluye y pierde en el negro arroyo en cuya ribera, pequeña y precaria, se incrusta una casa.

El aire nocturno, mezcla de fango y fermento de caña. La lluvia copiosa desbordó el Guarapo toda la semana, dejando un rastro de fétido lodo y agua estancada. Se oye al arroyo roncar mientras salta, rodea y arrastra basura atascada, y en las cercanías, las ranas ofrecen concierto sin pausas.

Bajo el plenilunio, como unos espejos relucen plateadas cuatro chapas nuevas que luego de tantas lluvias fueron colocadas, como único auxilio para la familia que estaba inundada. Dentro de la casa, el velo de sombras apenas lo rasgan las chispas radiantes de encendidas brasas y un pálido cirio de luz vacilante, casi funeraria. Una mujer suspira y con ambas manos se cubre la cara, percibe las voces, pero no las oye, posa la mirada, pero no ve nada. Su vientre se agita, se queja, pero está parada cocinando la cena. Como en

un ritual de magia ancestral la yerba se quema llenándose de humo la casa.

Los niños preguntan:

—Mamita, ¿ja'úta galleta?

La mujer no habla, menea la cabeza, rebusca en la cesta mandiocas hervidas y a los críos se las muestra. Repite de nuevo, lo que ya se ha vuelto una cantaleta, que no bajen de la cama porque el suelo es barro y luego se acerca con cocido en mano hasta las dos camas. En una de ellas, tres niños esperan. Sobre la otra, atados de hierbas, mercancía a vender, resguardada para que no se pierda.

Los niños pequeños disfrutan la cena. Solo Daniel, que es un poco mayor, ha caído en la cuenta de que la situación no es buena. Termina el cocido y se ubica mirando hacia las tablas que hacen de pared. Se queda quietito, vigilante, escuchando cómo su madre termina de dar la cena a sus hermanitos, luego los arrulla dando palmaditas en la espalda, siseando suavemente hasta asegurarse de que estén dormidos.

Daniel ya sabe lo que viene ahora, ya ha pasado antes, prefiere que su madre no sepa que sabe y finge que duerme. Siente el movimiento dentro de la casa, su mente se nubla con cada gemido y ahogado grito, y el tiempo que pasa le parece infinito.

Para distraerse, mira en los resquicios que hay entre las tablas. Afuera, la luz de la luna juega con las sombras dándole un aspecto espectral a las cosas. Él no tiene miedo de lo que hay afuera. Le preocupa más

lo que está ocurriendo dentro de la casa.

La noche se alarga, se alarga la noche, los gemidos y los gritos sordos al inicio de pronto estallan, y el dolor de la mujer se hace evidente. Daniel aprieta los puños, aprieta los dientes, la oración aprendida recita en su mente: «Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío y espero, en vos confío y espero».

Un vagido tenue, casi imperceptible, poco a poco crece y se convierte en llanto, un llanto que rasga el sueño inocente de los dos pequeños que despiertan asustados y unen su llanto al del recién nacido. Daniel se levanta, se acerca a la madre.

Ella está en cuclillas, toda ensangrentada. Sobre un paño viejo, el bebé reclama. La madre hace un gesto. Daniel lo comprende, la ayuda a moverse y sentarse en la cama, recoge al bebé, lo pasa a su madre, habla a sus hermanos que entonces se callan.

El silencio es ahora casi tenebroso. Daniel queda absorto, observa a su madre y al nuevo hermanito, piensa que mañana debe salir a vender temprano para que todos en la casa puedan comer algo. En medio de estos pensamientos, lo sorprende la alborada.





## Mamá pohéi

Fabiola Luján Vergara

**LA MUCHEDUMBRE ERA AGOBIANTE.** El ojear con desagrado de las personas hacia este viejo roñoso ya era costumbre. Algunas parecían tener algo de lástima, pero igualmente seguían de largo. Últimamente lloviznaba mucho. La carpanta y la sed se apoderaban de mí, mientras que el frío penetraba hasta mis huesos.

Un aroma que provenía de un restaurante me puso nostálgico... Esa fragancia de los platos que hacía mi madre y que nos deleitaban. Era un *mitã'i* soñador. Alguna vez quise dar todo por ella. No era el mejor, era cabezudo, pero amaba a mi madre. Era también temeroso. Ella era quien me consolaba. En sus brazos, todo mal desaparecía. Una sensación de paz sentía.

Nunca conocí a una figura paterna. Mi madre me enseñó a ser un buen chico y en un cerrar y abrir de ojos ya era un mancebo. La situación cambiaría entonces. Estaba culminando mis estudios, planeaba seguir una carrera, hasta que ella enfermó. Tenía esperanza de que no sería nada grave y de que podríamos seguir como siempre, pero su condición empeoró bastante.

Fuimos a un hospital público. Nos dijeron que en poco tiempo después nos darían los resultados. La oscuridad parecía eterna, una donde no llegaba la luz que tanto anhelaba, el sabor amargo rebozaba en mis mejillas hasta mis labios. A pesar de todo, siempre traté de verme seguro de mí mismo frente a ella.

En el día que nos darían los resultados, un médico salió con un papel y dijo: «Tu madre padece de leucemia aguda». Me quedé atónito, ya que mamá era una persona sana. No sabía cómo había llegado a ese punto, pero al pensar en los tiempos de mi niñez, estando en sus zapatos, madre soltera, sin apoyo familiar y sin marido, criando a un niño, fue cuando me di cuenta de que mi conocimiento de ella era mínimo.

Esa enfermedad no tenía cura y su tratamiento no estaba a nuestro alcance económico. Todo se derrumbó en mí. Dicen que uno muere cuando pierde toda fe y esperanza. En ese instante, morí. Los dos sabíamos que su estado se asemejaba a un animal cojo esperando a ser devorado. Durante su estadía allí siempre traté de estar para ella.

Recuerdo algo que dejó una dulce pero triste huella en mi corazón, una herida ya ha sanado, pero su cicatriz sigue latente. Una tarde fría, cuando mi madre estaba llegando al fin, me dijo con un gesto de manos: «Vení, vení», y con lo que le quedaba de fuerza, dijo fuerte: «Hijo mío, te amo y te adoro con toda mi alma, jamás fuiste un impedimento para mí. Eres la fuerza de voluntad que me hace seguir aquí contigo... pero

cuando ya no esté, mi alma te acompañará. No te rindas. Sé fuerte, todo estará bien.»

Esas palabras me quebraron. Provocaron en mí un desorden de emociones que se cristalizaron en mis ojos. Cómo se supone que voy a vivir sin ti, mamá, como podría yo, un barco a la deriva, sin rumbo, sin salida». Eso fue lo que pensé, pero las palabras que nacieron de mi boca fueron: «Sí, mamá».

Ese era el recuerdo que seguía dando vueltas y vueltas en mi cabeza, como una bandada de cuervos en el cielo luego de encontrar a un animal muerto.

Hoy en día, sigo aquí. Buscaré algo de comer, hay mucho ruido, parece que tengo jaqueca, estoy realmente mareado, desatinado, un destello dorado, rápido, como a la velocidad de la luz, un líquido carmesí estaba por todo el suelo... Muchas voces murmuran. Con la visión ya casi apagada, veo unos brazos extendiéndose hacia mí, abriendo sus cálidos brazos una vez más para mí. Sí... mamá *pohéi*.



## Solo un viejo

Carlos Miguel Maidana Bruno

**EN LA CIUDAD DE LUMEN**, en una pequeña casa alejada del resto, vivía un anciano muy poco agraciado que no convivía con nadie. Él siempre decía que le bastaba su propia presencia.

Una tarde, los niños salieron a la calle a jugar, pero esa vez decidieron alejarse y llegaron hasta la casa del viejo, donde uno de los niños se adentró para mirar por la ventana. Los demás, temerosos, se fueron. Al niño le resultó un poco difícil mirar, debido a la poca luz que había dentro. Al fijarse en la pared, vio extraños cuadros que despertaron aún más su curiosidad e intentó abrir la ventana. Entonces notó que el viejo estaba entrando en esa habitación y no tuvo más remedio que salir corriendo.

El niño no pudo dormir esa noche. Solo eran unos simples cuadros aburridos, pero por alguna razón llamaron su atención. Luego de esa larga noche sin poder cerrar los ojos se puso a pensar en una forma de entrar para analizar mejor los cuadros y se le ocurrió vigilar las horas que el viejo salía de la casa.

Puso el plan en marcha. Desde cierta distancia se

fijó en la casa durante algunas horas hasta que se dio cuenta de que el viejo había salido justo después del almuerzo. Pero él no quería arriesgarse a entrar. Entonces se retiró, ya que tenía hambre.

Al siguiente día volvió a la hora del almuerzo para confirmar lo que había pasado. El viejo salió a la misma hora, pero el niño aún no se sentía confiado para entrar porque talvez solo se trataba de una casualidad.

Estuvo así durante siete días hasta que decidió por fin entrar. Había llegado la hora.

Luego del almuerzo, rápidamente fue hacia una de las puertas y la forzó. Una vez dentro, se puso a mirar detenidamente todo, hasta que se dio cuenta de que los cuadros no eran lo único raro, sino la mayoría de las cosas, como pequeñas estatuas, libros, ilustraciones extrañas. Tomó uno de los libros. Quedó impactado. El libro hablaba sobre los sucesos y las criaturas que habían vivido antes en la ciudad. Y cuando estaba por leer lo que había pasado a todas esas criaturas, escuchó que la puerta se abría. Se escondió detrás de un mueble. Desesperado, solo pensaba en cómo escapar sin preguntarse si de verdad podía hacerlo.

El viejo no tardó en entrar en la habitación donde estaba el niño y se dio cuenta de que uno de los libros no estaba en su lugar. Miró alrededor y luego fue a revisar las entradas de la casa. Vio que una puerta había sido forzada. Eso lo enfureció, pero se calmó un poco al cerciorarse de que nadie había robado nada y fue a poner de vuelta el libro en su lugar. El niño se asustó

porque el viejo se acercó bastante al escondite, pero no logró verlo. Un rato después, se fue a dormir.

El niño rápidamente salió para poder largarse de ahí, pero vio que la puerta por donde había entrado estaba tapada con una mesa pesada. Cuando trató de moverla, escuchó un grito del viejo y se asustó. Con lágrimas en los ojos, le rogó que no le hiciera nada. El viejo solo le pidió que se calmara, pero siguió llorando. Entonces, el viejo no tuvo más remedio que golpearlo. El niño dejó de llorar y el viejo le preguntó por qué había entrado, que era muy joven para ser un ladrón. El niño dijo que desde la ventana había visto unos cuadros que habían llamado su atención y que quería verlos mejor. Eso le pareció raro al viejo. Se preguntó a sí mismo por qué le interesaría eso. Luego de un rato, el niño le preguntó qué eran todas esas cosas. El viejo no quiso responder. El niño insistió. Molesto, el viejo le dijo que se largara. El niño volvió a llorar y salió corriendo de la casa.

Luego el viejo recordó que en su niñez también había sido curioso, que siempre había hecho preguntas.

Ya de noche, pensó en el niño y abrió un cofre donde había una espada con un mango de oro y un arco, armas que había utilizado hacía años.

En la mañana, el viejo fue a buscar al niño para preguntarle si había leído el libro, pero por más de que lo buscaba no lo encontraba. Así se le pasó un día entero hasta que al atardecer vio al niño correr frente al él y se apresuró a detenerlo. El niño, asustado, no



podía hablar ni moverse, pero el viejo le pidió sonriendo que lo acompañase.

Llegaron a la casa. El viejo le sirvió un poco de agua y le preguntó sobre algunas cosas de conocimiento general. El niño respondió cada una de ellas con facilidad y le preguntó sobre las criaturas que había leído. El viejo le dio otro libro. El niño se puso a leer. Se trataba de una historia que contaba que hacía mucho tiempo un joven había llegado a un desolado lugar de criaturas hostiles, que durante diez días con diez noches peleó con esas criaturas hasta que pudo matarlas. Luego construyó una humilde casa donde pudo vivir en paz. Años después más personas llegaron, hasta que se convirtió en una ciudad.

El niño preguntó al viejo por qué le dio de leer un cuento de hadas. El viejo le dijo que leyera la última página. Solo decía la descripción del joven que había matado a las criaturas, pero luego de fijarse bien se dio cuenta de que el viejo tenía un anillo parecido al del joven y que también contaba con los mismos ojos.

El niño no dijo nada. El viejo sacó de su bolsillo un collar del que colgaban algunos dientes poco comunes y se acercó al niño para decirle: «Este es un obsequio del joven guerrero para ti». El niño le preguntó si había sido el joven. El viejo solo sonrió y le dijo que luego de lo que pasó con las criaturas a ese lugar se le puso un nombre. El niño no pudo aguantar las ganas de preguntarle cuál era ese nombre. El viejo abrió la ventana y dijo: «Lumen».

El niño, con una cara sonriente, se fue de la casa pensando en que se había hecho amigo de un guerrero, la primera persona de esa ciudad.

Esa noche pudo dormir tranquilo. No solo había saciado su curiosidad, sino que también se había hecho amigo de alguien increíble.



## El gato de la luna

Camila María Villalba León

**EN UN LEJANO PUEBLO**, tan lejano como desconocido, contaban un mito sobre un horrendo gato negro que habitaba allí, uno que traía mala suerte. También decían que no era de este planeta, por ser tan feo, parecía venir de la luna, ya que solían verlo admirándola, perdido en ella. Como si estuviera hipnotizado o hechizado, podía pasar horas mirándola, y de vez en cuando maullaba roncamente, como si pidiera ayuda o consuelo.

De color negro azabache tan oscuro como el cielo nocturno, tenía un pelaje abundante, largos y gruesos pelos grasientos enredados cubrían su esquelético cuerpo. En el hocico del salvaje animal se encontraba unos dientes puntiagudos, feroces y torcidos, que le daban una sonrisa siniestra, con colmillos desproporcionados, dignos de una bestia. Daba la sensación de que podía perforar hasta el metal. En la cabeza estaban unas orejas puntiagudas. A la del lado derecho le faltaba una gran parte, como si se la hubieran arrancado en una pelea. Tenía sucias, largas y flacas patas, aguadas como si estuvieran enfermas, en ellas ador-

naban unas garras largas y puntiagudas. Una cola horrenda, parecía una larga serpiente; le faltaba pelo en gran parte. Pero lo que más caracterizaba a ese gato eran sus grandes y saltones ojos amarillos, ojos que causaban escalofríos a cualquiera que los mirase.

Una estrellada noche de verano, el felino se encontraba reunido con otros gatos en el techo de una gran casa. Estaban atentos de lo que iba a contar.

—La luna siempre ha sido mi compañera, nunca me ha abandonado y sé que nunca lo hará. Ella me habla, me dice lo que debo hacer, es mi guía. Todos en el pueblo me temen, se aterrorizan si me ven caminando por las calles, rezan si por accidente se cruzan conmigo. «¡Es un gato maldito!», exclaman. «¡Gato demoníaco!» «Ese animal solo trae desgracias.» Sinceramente, ya me acostumbré a esos comentarios. Había escuchado peores. ¿La razón por la que me odian? La supuesta mala suerte que traen los gatos negros. Esta gente es muy supersticiosa. Llegaron a la conclusión de que yo era causante de sus desgracias solo por una tragedia que pasó hace algunos años. Fue cuando una ancianita que no creía en la mala suerte me adoptó, siendo yo tan feo, de la calle y con mala reputación. Vivimos juntos algunos días. Al poco tiempo ella falleció. El pueblo entró en pánico, todo era caos, el temor y el odio hacia mí aumentaron. Intentaron cazar-me, querían atraparme y hacerme daño. Todavía lo intentan, tengo que aclarar. Me tiraban piedras, agua caliente, algunos incluso llegaron hasta dispararme.

La luna me tranquilizaba, me decía que todo estaría bien. No se van a deshacer de mí tan pronto.

—¿Y por qué simplemente no te vas? —preguntó un pequeño gatito entre la multitud.

—No puedo. La luna me necesita —respondió y se acomodó en lo alto de la chimenea, donde se veía perfectamente el brillo y la majestuosidad de la luna, en todo su esplendor—. La luna me necesita. No soy malo, para nada, tampoco traigo mala suerte, no sé de dónde han sacado eso, y mucho menos quiero herir a los demás. Soy como el representante de la luna, el mensajero de ella. El incidente con la abuelita tiene explicación. La luna me pidió que fuera a vivir con ella, a darle todo mi amor y compañía. Verán, ella era ya muy mayor y estaba muy enferma. Siempre sola, sus hijos y nietos nunca la visitaban, aunque tuvieran mucho tiempo para hacerlo. La abuelita, encerrada en una casita, vivía sola y triste. Los días que pasé con ella fueron los mejores de mi vida. Me sentí tan amado. Era tan dulce, me cuidaba con amor, me acariciaba de una forma en la que me hacía sentir especial. En las tardes nos acurrucábamos en su pequeña cama y dormíamos la siesta. Cuando ella tejía, me sentaba en sus piernas y ronroneaba mientras escuchábamos la radio. A veces, cuando leía el periódico, me acostaba también en su regazo y dormitaba mientras ella me daba leves palmaditas en mi espalda. No le importaba mi aspecto físico. Hacía caso omiso de mi fealdad. Mi compañía la hizo feliz y ella me hizo feliz a mí. Un día

su enfermedad empeoró; ya no podía ni levantarse de la cama. Yo estaba acurrucado a su lado mientras ella respiraba pesadamente. De repente me susurró despacio, casi inaudible: «Gracias por hacerme feliz estos últimos días. Eres un buen gatito. Te amo tanto, pequeñín», y me dio un besito en mi cabeza. Entonces, dio su último respiro y dejé de sentir su suave caricia en mi pelaje. El trabajo que la luna me había dado terminó. La acompañé hasta el final. Salí de esa pequeña casa con el corazón roto. La luna y sus hijas, las estrellas, me ofrecieron consuelo, me hicieron entender que la abuelita ya estaba con ellas, en un lugar mejor, y que gracias a mí pudo marcharse en paz. Cuando en el pueblo se enteraron de lo sucedido, me echaron la culpa, ya que un vecino me había visto salir de la casa por la noche. Los primeros en maldecirme fueron los familiares de la ancianita, porque yo se las había arrebatado con mi supuesta maldición. Pero sé que no hice nada malo. Yo siempre seré un buen gatito.

Luego de escuchar toda la historia, todos los felinos se marcharon.

Excepto el gato negro, que se quedó contemplando a la luna.

## Un recuerdo inolvidable

Lía Aracelli Acosta Barrios

**HACE NO MUCHO TIEMPO**, en una sociedad civilizada, vivía una pequeña niña con sus padres, llamada Luz, de cabellera negra con toques ondulados, de piel blanca y ojos grises. Su familia era de escasos recursos, vivían en una pequeña cabaña en el barrio Sol de Luna. El padre era un agricultor y todas las mañanas iba temprano a trabajar en el campo, mientras que la madre se quedaba a cargo de la hija.

En el barrio, la niña era admirada por todos los vecinos, ya que era la más hermosa. La familia de Luz no podía cubrir los pasajes de un medio de transporte, pues debían pagar la escuela de la niña. Todas las tardes, luego de almorzar, ella caminaba para llegar a la escuela, muy alejada de la casa en donde vivían.

En la escuela, sus compañeros la molestaban por venir de una familia de escasos recursos y por estar sucia, ya que solía caminar todos los días. No tenía ningún amigo. Callada y reservada, a veces tenía envidia de sus compañeras de clase, pues ellas venían de familias con mucho dinero que podían comprar todo lo que quisieran y que andaban rodeadas de amigos.



Luz siempre había deseado tener a alguien en quien confiar, ya que la relación con sus padres no era muy buena. Tenía problemas para expresar lo que sentía, sus emociones y opiniones. Por eso, cuando llegaba a la casa, lo único que hacía era tomar un libro, sentarse en la cama y leer. Sentía que su vida era muy monótona. Despertaba, desayunaba, ayudaba a su madre, iba a la escuela, volvía y leía un libro, solo eso.

Para llegar a la escuela, tardaba una hora. El camino que debía recorrer pasaba por un camino empedrado hasta llegar a la salida de su barrio. Luego, por un lugar arbolado pasando por un sendero. Por último, llegar al centro de la ciudad, donde se encontraba la escuela. Aunque el trayecto parecía corto, no lo era. Ella, asmática, cada cierto tiempo debía de tomar un descanso. Cada vez que se cansaba, buscaba un lugar para sentarse, hasta que volvía a retomar el camino. El mismo trayecto de ida y vuelta. Entonces no imaginaba que muy pronto descubriría algo que cambiaría esa monotonía.

Un día, mientras regresaba de la escuela, se dio cuenta de que había algo diferente. Usualmente en el lugar arbolado había un sendero de tierra que la llevaba a su barrio. Pero esta vez vio un gran arbusto que había crecido a un costado. Se le hizo curioso ya que desprendía un olor dulce y tenue que le agradó mucho. También tenía flores lilas. Rápidamente supo que era un arbusto de lavanda, muy raro de encontrar, ya que esas flores no eran nativas. Por un momento se

desconcertó, pues recordó que había visto esa flor en otro lugar. Pero antes de recordarlo, vio que era tarde y tuvo que regresar a la casa, sin antes volver a oler ese dulce aroma.

Al llegar, hizo lo mismo de siempre, tomar un libro y leerlo en la cama, pensando si sus padres se habían preocupado por ella. Poco a poco tuvo sueño y dejó el libro sobre la cómoda. Se arrojó con la sábana, recordó las flores de lavanda y quedó profundamente dormida.

Sus padres no estaban preocupados de que llegara tarde, ya que creían que su hija tenía muchos amigos, que se había quedado en casa de uno de ellos y que si tenía problemas se los contaría a ellos. Estaban equivocados. No sabían nada de su hija.

Mientras dormía, Luz tuvo el mismo sueño que había tenido unos días atrás, cuando había visto que el sendero por donde caminaba siempre se llenaba con arbustos con muchas flores, pero a diferencia del sueño pasado, esta vez sí tenían colores.

Con el paso del tiempo, el sendero se había llenado de flores de lavanda. Cada vez que pasaba por ese lugar, se sentía muy bien, como si tuviera una conexión con esas flores, las únicas que no le daban alergia y con la que podía contar. Cuando soplaba una suave brisa sobre ellas, sentía el dulce aroma como si las flores intentaran hablar con ella de una forma especial.

Ese lugar, repleto de flores de lavanda, se había vuelto su lugar seguro, en el que nadie la molestaba y donde podía estar en paz y tranquilidad.

Aunque ya habían pasado años desde que terminase la escuela, seguía visitando ese lugar. Había aprendido algunas habilidades artísticas y cada vez que tenía tiempo volvía a ese sendero para dibujar y pintar las flores de lavanda.

En esos momentos, pensó también en la relación que tenía con sus padres. Se dio cuenta de que no era la mejor. Decidió abrirse un poco y expresarse más con sus padres. Luego les habló más y con los años tuvieron una buena relación, como la que siempre había querido.

Pasado el tiempo, Luz ya nunca más tuvo la oportunidad de volver a ver ese sendero de lavandas, pues un incendio forestal había acabado con toda la naturaleza que había existido en ese sitio. En el momento en que había pasado eso, Luz se entristeció. Luego pudo superarlo con el apoyo de sus padres y el de los amigos que había hecho.

Nunca olvidó ese sendero de flores, el dulce aroma tenue que desprendía, los hermosos recuerdos, la brisa suave de la primavera en la que creció el primer arbus- to de lavanda.

## El tesoro de Yvoty

José Ariel Gamarra Figueredo

**EN LO PROFUNDO** del exuberante corazón del Paraguay, había una comunidad llamada Yvoty. Este pequeño pueblo era famoso por su rica herencia cultural y su profundo respeto por la naturaleza. Los habitantes vivían en armonía con la tierra y celebraban sus tradiciones ancestrales con orgullo.

En el centro del pueblo se alzaba un inmenso y frondoso árbol de lapacho, el más antiguo del país. Su madera robusta y sus flores rosadas eran un símbolo de la fortaleza y la belleza del pueblo. Bajo su sombra, los ancianos se reunían para contar historias de generación en generación, transmitiendo la rica cultura que habían heredado.

Un día, un joven llamado Diego exploró los bosques en busca de aventuras. Mientras caminaba, escuchó un murmullo que parecía venir de lo más profundo. Siguió el sonido hasta llegar a una cascada en medio de la vegetación. Pero lo que más llamó su atención fue una extraña estatua tallada en madera, de un jaguaeté, el jaguar mítico.

Diego llevó la estatua de regreso al pueblo, con-

vencido de que era un tesoro que podía enriquecer aún más la cultura de Yvoty. Los ancianos y los habitantes se maravillaron ante la belleza de la estatua y reconocieron la imagen del jagareté como un símbolo de poder y protección de su cultura.

Sin embargo, desde entonces sucedieron cosas extrañas en el pueblo. La cosecha se marchitó, los animales se volvieron esquivos y las noches estuvieron llenas de pesadillas. Los ancianos, preocupados por la mala suerte que había caído sobre ellos, convocaron una reunión a la sombra del lapacho.

Allí, un anciano llamado Ñandú recordó una antigua leyenda que había escuchado de su abuelo. Según la leyenda, el jagareté tallado en madera era un espíritu que protegía los secretos ocultos de la selva. Si alguien se llevaba el jagareté sin pedir permiso a los espíritus de la naturaleza, traería desgracia al pueblo.

Diego, lleno de remordimiento por su impulsiva acción, decidió devolver la estatua a la cascada. Reunió a los habitantes y, con respeto y humildad, pidió perdón a los espíritus de la selva por el error. Luego, colocaron la estatua de nuevo en el lugar original.

Poco a poco, la suerte volvió a sonreír a Yvoty. La cosecha floreció, los animales regresaron y las pesadillas desaparecieron.

# Jurados

## **SEBASTIAN OCAMPOS**

Asunción, 1984. Es escritor, editor, maestro y hacedor cultural. Autor de los libros *Poliedro*, ganador del segundo premio del Certamen Literario Fundación El Libro 2023, y *Espontaneidad*, mención de honor en el Premio Academia Paraguaya de la Lengua 2015. Antólogo de *Paraguay cuenta. Cinco siglos en cuarenta ficciones* (2019). Director fundador de Proyecto Y (RevistaY.com, editorial, club de lectura, taller de escritura). Coordinador general del Foro Internacional del Libro de Asunción 2018. En 2017 fue seleccionado como uno de los veintitrés escritores jóvenes de América para el ProyectoArraigo.com.

## **SORAYA CRISTALDO DE ROJAS**

Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1971, y cursó los estudios primarios y secundarios en Villarrica, Paraguay. Escritora autodidacta y gestora cultural, con formación en narrativa, especialmente en cuentos. Fue parte del equipo de redacción del *Libro de oro* de Coopeduc Ltda., presentado en noviembre de 2022. Es ama de casa, madre, esposa y abuela.

## **JOSÉ BUENO VILLAFañE**

Asunción, 1987. Es abogado de profesión (Universidad Nacional de Asunción, UNA), politólogo de maestría (UNA, tesis en proceso) y narrador inédito (libro en proceso). Subeditor de *Revista Y*. Autor de artículos, relatos y reseñas publicados en diversos medios y libros nacionales y regionales. Colaborador del periódico *El Independiente* (2015 – 2016). En 2023, participó como invitado en el Foro Internacional por el Fomento del Libro y la Lectura, en Resistencia, Argentina, y en el Festival de Literatura Latinoamericana Desmades, en Buenos Aires.





Compuesto con las familias tipográficas  
**Literata**, diseñada por TypeTogether  
**Switzer**, diseñada por Indian Type Foundry  
**Linux Libertine**, diseñada por Philipp H. Poll  
para el Proyecto de Fuentes Abiertas Libertine

Este libro de quinientos ejemplares se terminó  
de imprimir en noviembre de 2023, en los talleres gráficos  
de AGR S. A. de Asunción, Paraguay.



En tiempos de crisis, las cooperativas han sabido responder con la aplicación de los centenarios principios y valores del movimiento internacional en beneficio de sus socios/as y la sociedad en general.

A partir de 2022, el año de su cincuentenario, Coopeduc se ha propuesto fomentar la escritura y la lectura literarias de manera sostenida en el país, para animar y reconocer a los compatriotas que escriben, y para promover la literatura en particular y la cultura en general, indispensables para la formación de una ciudadanía consciente, crítica y participativa.

Con estos objetivos, desde Villarrica para el Paraguay, Coopeduc publica el libro con los cuentos premiados de la primera y la segunda ediciones del Concurso Surgente, un nombre representativo de nuestra cultura y de la literatura del Paraguay, en memoria de una de las obras entrañables del guaireño Manuel Ortiz Guerrero.

